

TEMAS SEXUALES

A. MARTIN DE LUCENAY

la destilación y su técnica

TEMAS SEXUALES

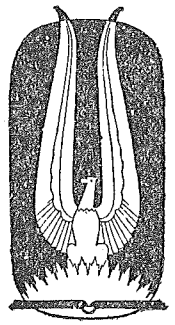
BIBLIOTECA DE DIVULGACION SEXUAL

3

A. MARTÍN DE LUCENAY

LA DESFLORACIÓN Y SU TÉCNICA

¿Qué es el pudor?—Las caricias y el juego amoroso. — La tumescencia en la mujer. Técnica de la desfloración.—Las consecuencias de una conducta torpe. — El traumatismo psíquico. — La frigidez femenina. — El adulterio, como consecuencia. — Habla un maestro.



EDITORIAL FENIX

FERRAZ, 27.—APARTADO: 8025.—MADRID

SEGUNDA EDICION
JULIO 1933

DERECHOS
RESERVADOS

PRINTED IN SPAIN

IMP. ZOILA ASOASIBAR.—MARTIN DE LOS HEROS, 69.—MADRID

PRÓLOGO DEL TEMA

EN la vida sexual armónica no hay un aspecto más importante, ni más descuidado, por desgracia, que el que se refiere a la desfloración de una virgen auténtica.

El vulgo, por lo general, no presta una atención, preferente a esta fase inicial de las relaciones carnales. Mejor dicho, es el hombre quien, acaso por un egoísmo inconsciente, o más bien aún por una deformación del sentimiento, desatiende el detalle esencial y básico en su aspecto psicológico y lo toma sólo como un motivo de orgullo, condensación del convencimiento de que aquella mujer que, palpitante de emoción y de inquietud, se le ofrece propicia en el instante supremo, va a brindarle la prueba inequívoca de su castidad y de su ignorancia de los misterios sublimes que él se dispone a revelarla.

No hay un solo hombre que al ir al matrimonio, incluso conducido por móviles egoístas, en absoluto independientes del amor, no aspire a deshojar la flor virginal de su prometida para envanecerse, sólo por sadismo, de la efusión de unas gotas de sangre, que fingen una patente irrecusable de verdadera virginidad.

En torno de este tema ha girado la atención de muchos médicos y no pocos moralistas de todas las épocas. Los teólogos, sinceramente, bien poco se han ocupado de la cuestión. En el volumen anterior, al estudiar la virginidad en sus múltiples facetas, hemos visto cuál es la actitud de los pueblos de todo el orbe frente a este verdadero problema de la reproducción humana. Unos, desdeñan la importancia de la virginidad, no sólo en su aspecto moral, sino hasta en el fisiológico también, mirándola como un obstáculo enojoso, cuya existencia no se comprende, y por cuya destrucción, por medio de los procedimientos naturales, se paga y se agradece a ciertos parias, que no tienen otra profesión, como sucede entre los sakawes *de Madagascar y otros pueblos de Africa, Oceanía, Asia y América.*

Otros, como nosotros, por ejemplo, siguen atribuyendo al caso el máximo volumen de importancia, pero con una particularidad, que nos sitúa en un plano bastante inferior al de los salvajes: que para nada se tiene en cuenta a la mujer, y se prescinde de ella moralmente, con el interés puesto única y exclusivamente en convertirla en mecanismo de esa ambición orgullosa, que es a veces la clave esencial de la existencia de muchos hombres. Este interés se concreta sólo al convencimiento de que la desvirginización se ha consumado, complemento de la ansiedad obsesionante de realizarla.

En el curso de estas páginas trataremos de persuadir al lector de la importancia capital de tal hecho, en la confianza de que alguno habrá de agradecer estas indicaciones.

Los inconvenientes de la desfloración son bastante más numerosos que las ventajas. Estos inconvenientes son de orden anímico y fisiológico. En el primer caso, el peso de la tradición, de las leyendas y los consejos que muchas noches inquietaron a una joven en la blanca soledad de su alcoba virginal, han sido bastantes para que el vulgo femenino piense con horror en lo que ha de ocurrir en tan crítico instante. El miedo al dolor físico es el fundamento de una resistencia anímica, la cual es fácil que venza el marido mediante pocos esfuerzos; pero ¿y el dolor sangriento de la desfloración?...

No hay nadie capaz de convencer a una mujer de que ese dolor físico es, precisamente, lo de menos. Pero para ello, el marido tiene muy pocos recursos, y la debilidad de sus argumentos contrasta con la impaciencia natural por llegar a la plena posesión, hecho del que la mujer se da cuenta perfecta. Estimo que todo depende no del carácter del hombre, sino del instinto. ¡Y el instinto es tan difícil de domeñar en semejantes trances!...

Luego, recapitulando, diremos que la técnica de la desfloración no es nada difícil. Lo difícil es asegurarse de que para la iniciación de una virgen no se lleva el instinto al tálamo nupcial. El instinto justo es ahogarlo con esos abundantes recursos en que el amor es pródigo, y que al surgir del alma en la maravillosa eclosión de un sentimiento puro, pueden y deben, en holocausto del amor mismo y por insigne respeto a la mujer amada, acallar los anhelos de la carne, que son los rugidos de esa bestia o de ese fauno que todos los hombres llevamos dentro...

¿QUE ES EL PUDOR?

La mujer en la antigüedad.—La actitud del hombre.—El pudor, producto de la civilización. Concepto moderno del pudor.—Su ineficacia en las relaciones sexuales.—Excitaciones del pudor. Duración.—El pudor en las razas salvajes.—En el Japón.—Concepto idealista.—La sexualidad de las púdicas.—El joven, lo desprecia.—El pudor entre las prostitutas.—La estética.

ERDADERAMENTE, en los tiempos actuales los peligros que una mala técnica de desfloración pueden reportar a la sociedad son muy escasos, si los comparamos con la voluminosa importancia que ello tuvo siglos atrás. Antiguamente, la mujer se veía obligada a vivir de una forma tal, que muy poco o casi nada llegaba a saber de la cuestión de los sexos, hasta que no habían transcurrido algunos meses de matrimonio. La influencia confesional, el equívoco pudor de la familia y la casi absoluta separación establecida entre los individuos de diferentes sexos, constituían la base fundamental de la típica ignorancia de la mujer en aquellas épocas.

El hombre, en cambio, poco ha progresado en este sentido de aquel tiempo al presente, puesto que los principios básicos de la libertad masculina son tan antiguos como el primer hombre. No hablemos de refinamientos sexuales, puesto que la historia de todos los pueblos nos da cuenta de las bacanales y desenfrenos eróticos que caracterizaron a diferentes fases cronológicas de la Humanidad. Roma, Grecia, Egipto, y hasta la diminuta isla de Lesbos, tienen una acreditada historia erótica, que no acabará de desvanecer la sucesión de muchos siglos.

Naturalmente, las doctrinas estoicas lograron bien pronto acabar con ese desenfreno para tornar por los fueros de la prudencia que requería la perfecta conservación de la especie. Pero parece que en este terreno sólo se legisló para la mujer, mientras que el hombre, coartado sólo por penas muy livianas, no hizo otra cosa que ocultarse para

proseguir por la ruta de perversión que el mundo se había trazado.

Esta deformación forzosa y necesaria de las costumbres que, como decimos, dejó al hombre en casi idéntica libertad, hizo su objeto o su víctima a la mujer. Entonces, para contrarrestar los efectos perniciosos de aquella moral primitiva, se instituyeron las ordenanzas del pudor, que tuvieron la virtud de crear una segunda naturaleza en las mujeres, que de buen grado o por fuerza habían de someterse a su imperio. Luego el pudor, estimo, pese a muy valiosas opiniones, no es más que un producto de la civilización, estudiado con bastante interés y no menos acierto por el insigne Havelock Ellis.

El pudor—dice—, que puede ser definido provisionalmente diciendo que es un temor casi instintivo que conduce al ocultamiento, y que, por regla general, se concentra alrededor del proceso sexual, aun siendo común de ambos sexos, es más particularmente femenino, de suerte que puede considerársele como principal característica secundaria de la mujer, desde el punto de vista psíquico. La mujer que carece de esta clase de temor, carece de uno de los motivos más interesantes de atractivo sexual.

Es evidente, escribía Stendhal, que tres cuartas partes del pudor son enseñadas. Esta es, quizá, la única ley producto de la civilización que sólo produce felicidad. Se ha observado que hasta las aves de presa se ocultan para beber, porque obligadas a meter la cabeza en el agua, se hallan por un momento indefensas. Después de reflexionar en lo que sucede en Otahití, no veo más fundamento del pudor que éste. El amor es un milagro de la civilización. Entre los salvajes y las razas bárbaras no hallamos más que el amor físico de carácter brutal. El pudor es lo que le presta al amor el auxilio de la imaginación, y, al hacerlo así, le da vida.

El pudor se enseña desde muy pronto a las niñas por sus madres y con extremado celo; pudiera decirse que por *espíritu de cuerpo.* Velan por anticipado sobre la felicidad del futuro amador. Para una mujer tímida y delicada no debe haber mayor tortura que hacer en presencia de un hombre algo que pueda ser para ella motivo de rubor. Estoy convencido de que una mujer orgullosa preferiría cien veces la muerte a esto. Una pequeña libertad tomada por el hombre a quien ama, proporciona a la mujer un momento de profundo placer; pero si el hombre parece censurarla o aparenta no disfrutar de aquella libertad con el mismo entusiasmo que ella, surge en el ánimo de la mujer una duda dolorosa. Una mujer que se halla por encima del nivel común, gana mucho teniendo modales reservados. La situación no

es igual. Arriesga, a cambio de un placer pasajero o de la v
resultar amable, el peligro de punzantes remordimientos y un se
miento de vergüenza que es eficaz incluso a hacer menos amado al
amante. Una noche pasada alegremente y sin pensar en lo que viene
después, se paga muy caro. La vista del amante con quien se teme
haber cometido esa falta debe ser odiosa durante varios días. ¿Puede
acaso producir sorpresa que un hábito cuyas menores infracciones se
pagan con tan tremendas vergüenzas sea tan poderoso? En cuanto a
la utilidad, el pudor es la madre del amor. Por lo que hace a su
mecanismo, nada es más sencillo. El pensamiento se absorbe en
la sensación de vergüenza en vez de ocuparse con el deseo. Los
deseos están prohibidos, y los deseos se conducen a las acciones. Es
evidente que toda mujer delicada y orgullosa, y estas dos cualidades,
siendo, como son, causa y efecto, van naturalmente juntas, debe adquirir esos hábitos de frialdad que la gente a quien desconcierta califica de gazmoñería. El poder del pudor es tan grande, que una mujer amante se traiciona a sí misma ante su amante, más bien con los hechos que con las palabras. El peligro del pudor es que conduce constantemente a la falsedad. (Stendhal, *Del Amor,* capítulo XXIV.)

Esto lo escribía el célebre filósofo hace una centuria, y por lo tanto este esudio del pudor resulta en nuestros tiempos bastante anacrónico. En la actualidad, si es cierto que una madre enseña a su hija lo que es el pudor desde muy niña, creo que apenas va más allá de lo que a la ocultación de sus encantos se refiere, puesto que en la conversación, en la expresión verbal, estas enseñanzas tardan bien poco en ser destruídas por el medio ambiente en que haya de vivir la niña fuera del hogar.

Tampoco creo que suponga una verdadera tortura para una mujer tímida y delicada el remordimiento de haber hecho con un hombre algo que después la repugne. Conforme está estructurada la vida social actual, es muy difícil que se den estos casos de remordimiento hasta el extremo que el filósofo estima. El suicidio de una mujer, que consideramos el límite extremo del caso, no registra en sus estadísticas hechos de esta naturaleza.

En los tiempos de Stendhal, es fácil que un concepto exagerado de la moral y el honor pudiese aconsejar a una mujer la adopción de soluciones tan radicales como esa de "preferir cien veces la muerte"; pero en los tiempos que corren, caracterizados por una mayor frivolidad, por una máxima despreocupación y por un evidente desenfado en las costumbres, este suceso no preocupa a nuestras mu-

jeres más tiempo que el que puedan durar los efectos livianos del traumatismo psíquico. Generalmente, hasta hace una decena de años, la paz claustral de un convento era el refugio frecuente de las fracasadas. Pero estos fracasos más tenían que ver con la humildad que con el orgullo. Ahora, el orgullo será mayor, pero nunca induce a la mujer a la adopción de esos sistemas completamente anticuados, porque su educación, el ejemplo, y, en resumen, el ritmo de su vida, la llevan a resarcirse de ese fracaso recurriendo a los múltiples medios en que la civilización moderna se desenvuelve, como exponente de las máximas libertades.

En amor, mejor dicho, en cuanto a la sexualidad, la utilidad del pudor es muy relativa. Yo no estimo al pudor como un atractivo sexual de primer orden en la mayoría de los casos. Para que esta cualidad sea completa, creo que es necesario salpimentarla con alternativas suficientes para no dar origen al hastío. Por otra parte, las relaciones preliminares, completamente verbales o platónicas si se quiere, no tardarán en dar paso a esas gratas libertades del amador, que poco a poco, y sin que ella advierta el contraste, van imprimiendo un sello de sensualidad suficientemente grato para que el pudor deje de erigirse en inviolable resistencia psíquica.

Como es lógico, no siendo en los casos de violación, la mujer siempre está más o menos preparada para llegar al contacto sexual completo, en cuyo caso ese pudor se traduce por la fórmula del miedo físico a la desfloración, cuando se teme que ésta habrá de ser cruenta. Después, en la práctica frecuente de las relaciones sexuales, el pudor puede desempeñar su papel excitante, siempre que no llegue a la gazmoñería; es decir, hacer como que no se quiere lo que tanto se desea. En este caso, no es que el pensamiento se absorba en la sensación de vergüenza, como dice Stendhal, sino en la sensación de miedo, que, en efecto, es bastante para que impida a la mujer actuar bajo el deseo. Los deseos, sí que resultan prohibidos; pero muy raras veces por el pudor específicamente considerado.

Sucede, por lo tanto, como hace observar Adler, que el impulso sexual en la mujer está alimentado por una prohibición que necesita ser vencida. Un tenue velo de resistencia, de reserva y de ansiedad, encubre siempre el amor de la mujer, y sus pretendientes, en cada galanteo, experimentan la satisfacción de conquistar de nuevo a una mujer muchas veces conquistada.

Adler se refiere sólo a los preludios; mejor dicho, al galanteo inicial de una mujer completamente desconocida; pero en este caso

ya no tiene aplicación cuando se trata de relaciones sexuales consumadas.

Esta aseveración viene a corroborarla un célebre tratadista diciendo: "Una prueba interesante del papel que desempeña el pudor en la unión de los sexos la facilita el hecho, sobre el cual se ha llamado con frecuencia la atención, de que el pudor especial de las mujeres tiende generalmente a disminuir, aunque no a desaparecer, con la completa satisfacción de los impulsos sexuales."

Venturi dice que el carácter relativamente pasajero del pudor ha dado lugar a la idea de que el pudor sólo lo tienen las mujeres, manifestando los hombres en lugar de ese sentimiento una decencia que dura toda la vida con la misma intensidad.

Vizzi, por el contrario, arguye que los hombres son en todo más pudorosos que las mujeres; pero sus razonamientos, aun siendo a menudo exactos, no justifican apenas su conclusión. En tanto que la virgen es más pudorosa y reservada que el hombre de su misma edad, la mujer casada o la amante con experiencia lo son menos que el hombre, y en una mujer que es madre, las reservas y las reticencias del pudor virginal se estimarían ridículas. Se ha despojado de una librea sexual que ya no desempeña papel ninguno importante en su vida, y que resultaría, en verdad, modesta y perjudicial, lo mismo que los pájaros pierden su plumaje sexual cuando pasa la estación del celo.

Mademoiselle Céline Renooz, en un concienzudo estudio acerca de las diferentes psicologías sexuales entre la mujer y el hombre, cree también que el pudor no es realmente una característica femenina.

"El pudor—dice—es la vergüenza masculina, atribuída a las mujeres por dos razones: la primera, porque el hombre cree que la mujer está sometida a las mismas leyes que él; la segunda, porque en el transcurso de la evolución humana se ha invertido la psicología de los sexos, atribuyendo a las mujeres resultados psicológicos de la sexualidad de los hombres. Este es el origen de las mentiras convencionales que, en virtud de una especie de sugestión social, han intimidado a las mujeres. Ellas han aceptado, en apariencia por lo menos, las reglas de vergüenza que les han impuesto los hombres; pero tan sólo la costumbre inspira el pudor, por el que tanto se las alaba, y que es realmente un ultraje para su sexo.

"Esta inversión de las leyes psicológicas, sin embargo, la han aceptado las mujeres, pero sólo después de una lucha. La mujer primitiva, orgullosa de su feminidad, defendió durante largo tiempo su

desnudez, que siempre ha representado el arte antiguo. Y en la vida actual de la joven de nuestros días, hay un momento en que, por virtud de un secreto atavismo, siente el orgullo de su sexo, la intuición de su superioridad moral, y no puede comprender por qué debe ocultar la causa de ella. En este momento, vacilante entre las leyes de la Naturaleza y los convencionalismos sociales, apenas sabe si la desnudez debe o no asustarla. Algo parecido a un recuerdo atávico, le trae a la memoria un tiempo anterior a aquel en que se conoció el vestido, y le revela como ideal paradisíaco las costumbres de aquella época humana."

El pudor, como han creído muchos psicólogos, no es un resultado natural del vestido, porque muchas razas que van siempre completamente desnudas es evidente que tienen un sentimiento perfectamente definido del pudor. Pero entre nuestras mujeres, no el desnudo, sino el "desvestido", la *deshabillé,* hemos dado en catalogarla en los índices del impudor.

Entre las razas primitivas y salvajes, este concepto varía extraordinariamente. Cuando ocultan los órganos sexuales, no lo hacen por un sentimiento de vergüenza: el móvil es, por ejemplo, los peligros mágicos. Entre los indígenas de Nuevas Hébridas, dice Somerville, se guarda el mayor secreto acerca del pene para evitar la vista de otro hombre, que consideran muy peligrosa. (Lámina I, A.)

En las islas Palaos, según Kubary, se asegura que cuando el dios Irakaderugel y su esposa crearon al hombre y a la mujer (haciendo él a los hombres y ella a las mujeres), y se ocupaban con los órganos sexuales, el dios quiso ver lo que hacía su consorte. Ella, sin embargo, se opuso, y ocultó lo que había hecho. Desde entonces, las mujeres llevan un delantal de hojas y los hombres van desnudos.

Por lo general, estos salvajes suelen ocultar los genitales, en ambos sexos, por motivos que apenas se relacionan con el sentimiento del pudor, vinculado al aspecto sexual.

Pero refiriéndonos a países supercultos, aunque de distinta civilización que la nuestra, tenemos el ejemplo del Japón, pueblo cuya cultura es infinitamente superior a la nuestra en todos los órdenes.

En la actualidad, en las playas de la gran bahía de Kaneda, inmediatas a los puertos de Tokío y Yokohama, se ve a las mujeres bañarse completamente desnudas en unión de los hombres, que sólo llevan una especie de bolsita para recoger los genitales. Pero no es un sentimiento de pudor lo que les induce a ocultarlos: lo hacen a modo de suspensorio que utilizan para impedir el movimiento de los órganos y

evitar, por ejemplo, una epididimitis, una distensión de los ligamentos suspensores o cualquier accidente parecido, fácil de ocurrir en partes tan sensibles. Este mismo motivo creo que es lo que induce a la mayoría de los pueblos salvajes a cubrirse los órganos de la generación, puesto que sus mujeres apenas si usan un velo parecido, en cuyo caso pudiera evidenciarse la unanimidad de su empleo por motivos primordiales de pudor. (Lámina I, B.)

En las casas de baños, e incluso en los hoteles, el baño caliente lo toman los huéspedes, sean japoneses o extranjeros, si son varones, ayudados por una jovencita, y si mujeres, por un *banto* o bañero. Y es de ver con cuánta tranquilidad una u otro enjabonan y lavan las partes más secretas del cuerpo.

La japonesa es la parisina de Oriente: bella, elegante, refinada, voluptuosa y alegre, pero de una alegría jocunda y ruidosa. Y la más educada, la hija de familia más tradicionalista, mostrará todos los encantos de su cuerpo a los ojos del forastero con la misma tranquilidad que nuestras mujeres muestran la garganta. Y es que los japoneses carecen del sentimiento estético del desnudo, como tampoco tienen ni la más leve idea—para nuestro concepto, se entiende—de la estética del vestido. Lo mismo veréis a una *musmée* en el bello y delicado esplendor de su desnudo, como os encontraréis a su prometido con la vestimenta más atrabiliaria.

Esas fotografías de desnudos que entre nosotros tanta aceptación tienen, no existen en el Japón. Y no es porque rehusen copiar a la Naturaleza en la forma humana, no; es que, opinan, no es estético reproducir la figura de una mujer desnuda, que no puede tener ningún interés, y menos aún si se relaciona con la sexualidad

Tornando al concepto nuestro del pudor, un tratadista ha dicho que despertar emociones sexuales en una mujer es, si no profanar un huésped sagrado, en todo caso manchar un peplo inmaculado: si no es un sacrilegio, es, por lo menos, una irreverencia o una impertinecia. Para todos los hombres—sigue diciendo—, cuanto más casta es una mujer, más grato resulta producir en ella el orgasmo. Se siente esto como si fuera un triunfo del cuerpo sobre el alma, del pecado sobre la virtud, de la tierra sobre el cielo. Hay en este placer algo diabólico, sobre todo cuando lo experimenta un hombre ebrio de amor y lleno de religioso respeto hacia la virgen que ha elegido.

Este sentimiento, desde el punto de vista racional, es absurdo e inmoral en sus tendencias, pero, justo es reconocerlo, es delicioso en su sutileza voluptuosa, siempre que el hombre tenga un concepto alta-

mente idealista de la función sexual. La desfloración tiene, pues, para algunos hombres, su poderosa fascinación en el respeto consciente o inconsciente sentido por la castidad de la mujer.

Según algunos, en el matrimonio el sentimiento es todavía más complicado: al desflorar a su novia, el cristiano—es decir, cualquiera que se haya educado en el seno de una civilización cristiana—, tiene la impresión de cometer una especie de pecado—puesto que la "carne" se halla siempre a sus ojos íntimamente relacionada con el pecado—, que, por virtud de un privilegio especial, se legitima para él. Ha recibido un permiso especial para corromper la inocencia. De aquí una de las determinantes esenciales del prestigio peculiar que tiene para los cristianos la noche de bodas, cuando al anhelo no van asociadas otras inclinaciones menos morales o más egoístas.

En tales casos, es cuando creo que el pudor significa un bien definido carácter de atracción erótica, aunque tal erotismo sea más del alma que de los sentidos. ¿Pero es que la vida moderna está estructurada actualmente de forma que el pudor en la mujer sea una manifestación espontánea y sincera de los más puros sentimientos? Yo, francamente, no lo creo así. Además, el pudor, esa interpretación concreta de vergüenza, es fácil que no dure más de dos o tres noches. Y si la luz de la alcoba permanece apagada, cabe afirmar que el pudor sólo ha de manifestarse en las modalidades más débiles.

Tal vez éstas mis convicciones resulten un poco ásperas, un tanto brutales o bastante escépticas. Pero creo que, en la generalidad de los casos, nadie logrará convencerme de lo contrario.

Havelock Ellis, mi maestro predilecto en psicología sexual, dice que es un instinto espontáneo y natural en el hombre el de desear que su amante sea púdica, y no un razonamiento, por su parte, de que el pudor es indicio de la emoción sexual. Sin embargo, no es menos cierto que el pudor es una manifestación del impulso erótico femenino.

El doctor Venette, uno de los que primero escribieron acerca de la psicología sexual, después de estudiar detalladamente el problema, opinó que la mujer tímida es más ardiente que la mujer despreocupada. "La joven más pudorosa—observó Restif de la Bretonne, cuya experiencia en mujeres fué grande—, la joven que más se sonroja, es la que está más dispuesta a los placeres del amor." Esta observación ha llegado a expresarse en proverbios populares. "Haz lo que hacen las mozas: di que no, y tómalo", es un dicho escocés. Los franceses

dicen: "La más gazñona es la menos casta", y, en español, "La mosquita muerta, que las mata callando."

Varios tratadistas han pretendido aclarar esta curiosa contradicción, pues a primera vista no resulta muy claro el por qué una mujer excesivamente tímida y pudorosa ha de ser la más apta para tener relaciones íntimas con un hombre, y, en este caso, se acusa a la mujer de ser hipócrita. Pero no hay ninguna hipocresía en ello. La mujer tímida y reservada se mantiene apartada de toda intimidad en la amistad ordinaria, porque es excesivamente sensible al juicio de los demás, y teme que cualquier acción, al parecer impúdica, pueda causar impresión desfavorable. Sin embargo, con un amante, a cuyos ojos tiene la seguridad de que sus actos no pueden juzgarse desfavorablemente, caen esta barreras levantadas por el pudor, y la intimidad resultante es tanto más fascinadora para la mujer cuanto que contrasta con la extremada reserva que se ve obligada a guardar en otras relaciones.

Así sucede que muchas mujeres honestas, que, en relaciones no sexuales con su propio sexo, no son capaces de proceder con la libertad física que suelen usar entre ellas las mujeres, no experimentan semejante reserva con un hombre, cuando tienen confianza en la buena opinión que merecen de este último. Otro tanto puede decirse de los hombres sensibles y reservados en sus relaciones con las mujeres.

Yo he sostenido en otra ocasión una tesis respecto del pudor femenino como motivo de atracción sexual, que fué aceptada por unos y rechazada por otros. Admitiendo el supuesto de que existan hombres completamente púdicos, más bien débiles mentales, hombres "inocentes", si se admite la expresión, no cabe duda que tales tipos son incapaces de apreciar el pudor de la mujer, por muy púdica o "gazñona" que sea, y la actitud deja de tener encanto para convertirse en un obstáculo casi insuperable, dando lugar a cierta inhibición que vulgarmente traducimos diciendo "que no saben qué hacer". Este candor puede parecerse mucho al de Dafnis y Cloe, antes de que Lycenia interviniese con sus oficios de tercería...

Pero surge el contraste. Hay que reconocer que, por regla general, al llegar a la edad de catorce años, muchachos y muchachas conocen con bastante detalle cuáles son, aparte de las de evacuación, las funciones de sus órganos genitales. Y no hemos de repetir que el hombre goza de la máxima libertad en cuanto cumple los tres lustros. Desde entonces, se acostumbra al trato con amigos, con mujeres

decentes y con prostitutas, y he aquí su escuela... Transcurren sus años juveniles sabiendo y practicando de todo. Y lo primero que advierte, como un verdadero atractivo, es el impudor de las mujeres que por dinero o por capricho se prestan a sus cariacias. En esta época, la mujer completamente casta, completamente púdica, completamente virgen, no le atrea, no le llama la atención. El cortejo, el galanteo, la conquista, en suma, se le ofrece áspera y difícil. Todo ello le induce a exclamar desalentado: "Es muy sosa." Y en esta frase sintética resumen un pensamiento leal y sincero.

Pero han pasado los años de borrasca. La natural hipocresía femenina, que no es más que un producto de la ética de su sexo y que no debe llamarse hipocresía, sino defensa natural, como se observa en todas las hembras del reino animal sin distinción de escalas, esa aparente hipocresía, repito, ya no ofrece aristas difíciles al galanteador, que ha aprendido "a conocer el paño". Entonces, no cabe duda que, harto del impudor de la prostituta, de la facilidad de su conquista y, sobre todo, de su abundancia, se orienta en el camino de la perfección sexual, tanto en el aspecto erótico como en la tendencia reproductora. La virgen, la casta o la púdica, le brindan las primicias de algo desconocido; al menos—también como producto de las formas y convencionalismos sociales—puede encontrar en ella la fórmula legalmente grata de la unión sexual que equilibra la moral de los pueblos. Luego he aquí explicada la importancia del pudor, la que, por otra parte, apenas subsiste más allá de las primeras intimidades. El pudor, ni más ni menos, es casi como la membrana himen, con la sola diferencia de que el detalle anatómico es imposible de imitar a la perfección, y el pudor es bastante fácil de reproducir cuantas veces se intente. El himen se desgarra una sola vez; el pudor se desgarra, al menos en apariencia, siempre que la mujer quiere. Y la impresión, lectores, es tan exacta, que muchos hombres, al desflorar el aspecto psíquico, juran que también redujeron a unas gotas de sangre la barrera fisiológica...

Pero no hemos de cerrar el presente capítulo sin hacer otras consideraciones necesarias para acabar este somero estudio del pudor. El hombre, concretándonos a las partes sexuales, es más pudoroso que la mujer. No hay ninguna mujer que se oponga a ser reconocida por un médico; ¿pero a que no hay un solo hombre que recurra a una doctora para lo mismo?... En cuanto a la carencia de pudor de las prostitutas, ello no es verdad más que hasta cierto punto: poseen un pudor parcial y disminuído, que durante mucho tiempo sigue siendo verdadero, cuando, naturalemnte, se trata de hombres distintos, pues en otro caso, les ocurre lo mismo que a las demás mujeres, con la agravante, por decirlo así, de mayores licencias en el lenguaje en cuanto a la denominación del acto sexual y el nombre de los distintos órganos genitales.

Lombroso y Ferrero, dos célebres médicos legistas italianos, aluden a la oposición de las prostitutas a ser reconocidas durante la menstruación, y dicen que a veces es mayor que en las mujeres honradas. Esto he tenido ocasión de comprobarlo en bastantes ocasiones.

Callari dice en su obra *Prostituzione in Sicilia,* que a las prostitutas sicilianas sólo con dificultad se las convence para que se expongan desnudas en el ejercicio de su profesión. Aretino hace tiempo que dijo que ninguna mujer aborrece tanto el desnudo como las prostitutas, y cuando carecen de pudor, lo simulan. (Lámina III.)

Estos hechos tienen su desmostración, o, al menos, trataremos de hallársela. Admito como base de estas consideraciones la definición del doctor Renouvier, cuando dice: "El pudor es, en primer término, el temor que sentimos de disgustar a los demás y de ruborizarnos de nuestras propias imperfecciones naturales."

La mujer decente no tiene temor alguno en exponer sus órganos genitales durante la menstruación ante el médico, porque cuando acude a él va preocupada por la idea de recuperar la salud perdida y no ve al hombre, sino que ve al médico, algo que, moral y fisiológicamente, para ella resulta insexuado. Pero es casi seguro que si está enamorada de su marido o de su amante, aunque éste fuese médico, no se expondría con la misma facilidad. La prostituta, en cambio, al menos durante los reconocimientos prescritos por la Sanidad oficial, ya no establece este distingo entre la profesión y el sexo: en el facultativo ve exclusivamente al hombre, del que quién sabe si algún día habrá de recibir otros homenajes distintos de las atenciones impuestas por su profesión.

De aquí se infiere que el pudor, en la inmensa mayoría de los casos, no es más que el producto de la consciencia estética. Muchos tratadistas han hecho afirmaciones atinadísimas respecto del asco, la repugnancia física y el temor de parecer mal, como causa primordial del pudor. De modo que, hasta cierto punto, el pudor tiene un origen más fisiológico que anímico.

Otro tanto pudiéramos decir acerca de la comprobada resistencia que muestran las prostitutas a quedarse desnudas en las intimidades con sus amantes ocasionales, porque saben que si el rostro, los bra-

zos, los ojos, la boca, las piernas, etc., encerraron tal vez el motivo de atracción para el hombre, siempre dudan que cualquier detalle anatómico de su cuerpo, a veces la abundancia o la ausencia del vello en el pubis, la pigmentación del vientre, las caderas o un aspecto semejante de su físico, es fácil, en su criterio, que pueda producir al amante un efecto contrario suficiente para que ella pierda toda esperanza de recuperar su crédito ante el decepcionado. En este caso al factor social se une el aspecto económico, puesto que los encantos corporales de la prostituta no son más que una mercancía expuesta a las oscilaciones naturales de la competencia.

Luego he aquí explicado, o al menos tal ha sido nuestra pretensión, en qué consiste la primera barrera que el hombre ha de vencer para proceder después a la desfloración de una virgen como punto de partida de la mejor conducta técnica.

LAS CARICIAS Y EL JUEGO AMOROSO

El error del hombre.—La desfloración no es un placer.—La confusión de la virgen.—Contrastes de apreciación.—Táctica preliminar.—Las zonas erógenas.—Modalidades del beso.—Tacto, olfato y gusto.—Besos eróticos.—La opinión de Féré.—Sensibilidad de la piel.—Límite de las caricias.—La resistencia anímica, como primer baluarte de la virgen.

"El hombre—dice Balzac en su *Psicología del matrimonio*—no debe jamás permitirse con mujer un goce sin antes hacérselo desear a ella."

Hacer desear a una mujer ciertos deleites no es tan fácil como se cree la mayoría de los hombres. El hombre parte de una base objetiva completamente equivocada, pues estima, sin tener en cuenta las notables diferencias fisiológicas y anímicas que separan a los dos sexos, que esa disposición que él experimenta ha de reflejarse de una manera indubitable en el sentimiento de la mujer. Generalmente, en cuestiones de amor, vulgarizando la expresión diremos que cuando un hombre ha hecho un viaje por tres veces, la mujer apenas si cree llegado el momento oportuno de preparar la maleta. La definición no será muy poética, pero no cabe duda que encierra una evidencia abrumadora.

En la técnica de la desfloración se necesita una táctica tan delicada y sutil en su expresión como profundo es el deseo que la anima. El hombre debe empezar por adueñarse de sí, y, como decíamos antes, hacer del instinto un pelele inarticulado y sin vida, pues la inoportunidad de cualquiera de sus sugerencias podría acarrear al amador, y, por tanto, al buen equilibrio conyugal, perjuicios irreparables.

Supongamos al matrimonio o a los amantes en la grata soledad de la alcoba nupcial. Naturalmente, para que la desfloración ocurra es preciso que exista la membrana himenal. Luego partamos del punto

de vista de que la esposa o la amante van a ofrendar a un hombre s... virginidad anatómica y como complemento la anímica, prescindiendo de cuantas consideraciones llevamos hechas acerca de la ausencia ... presencia de la flor virginal.

Es un error descomunal, acreditadísimo en la opinión de la in... mensa mayoría de los hombres, el creer que la posesión de una vir... gen auténtica significa el compendio más refinado del placer sexual.

Quien sustenta tan equívoca teoría aprendida en las conversacio... nes de gentes libertinas y arraigadas en las declamaciones de los donjuanes, estultos, embusteros o anormales, si en el fondo de su sexualidad lleva un poco de conciencia, advierte, llegado el momento solemne de la propia experimentación, que aquellas habladurías, ta... les vanidades y presunciones no responden, ni en lo más mínimo, a la realidad escueta de lo que el hecho significa.

Para un esposo o para un amante verdaderamente enamorado, que se dirige a una mujer pensando en ella más que en sus propios senti... mientos, la desfloración de la virgen que, palpitante de emoción y de pudor, le ofrece el tesoro de su pasión hecho carne, es un trance enojoso, difícil y cruel, que en ese instante supremo quisiera suprimir, si ello fuera posible, aun a cambio de una parte de su vida.

No es una apreciación lírica; no es tampoco una opinión pesimista. Si es cierto que la membrana himenal puede romperse con bastante facilidad sin que en ello intervenga la complicidad de un varón, es también indiscutible que, en buena lid, o sea cuando la Iglesia, las leyes, la moral o las costumbres autorizaron la unión de dos enamorados, el caso es bastante más difícil y tiene más importancia que la que se le atribuye.

Cuando la desfloración de una virgen es la consecuencia de una violación o, de otra manera, la resultante de un capricho sin más pronunciamientos que el erotismo desencadenado, al hombre le importa muy poco lo que pueda resultar de su conducta torpe o criminal, puesto que apenas si le unían a su víctima otros vínculos que los específicamente carnales, sin ninguna complicación sentimental. Pero el esposo, el amante anamorado, el hombre que se dispone a unirse para siempre a una mujer porque ya lleva consigo ese intento de posesión la sanción de un cariño que brota del alma y no de los sentidos, ha de conducirse de manera bien diferente, porque le preocupa el futuro de aquel ser que acaso sea la continuación de su propia vida.

Cuando el hombre es hombre y no un fauno brutal que ruge

enardecido ante la pronta conquista de la flor virginal, respetable y delicada, ha de recapacitar serenamente sobre el paso trascendentalísimo que va a dar en la iniciación consciente de sus existencia, que ahora se le brinda pletórica de encantos y placeres nobles, que en nada han de parecerse a los otros efímeros que en mancebías y *cabarets* halló entre los brazos de las *mujeres-taxi*.

La noche de bodas de una verdadera virgen desposada con un hombre delicado es para él dolorosa y larga, no cabe duda, pero en ese dolor, en esa incertidumbre, en la amargura que precede al néctar delicioso del amor triunfante, palpita la bella asencia del pudor, del respeto, de la ternura y del deseo, que son las cuatro columnas magníficas y robustas sobre que debe asentarse la armazón maravillosa de la sexualidad conyugal perfectamente orientada.

Una novia pura, casta, alegre, de eterna sonrisa en sus labios, que tú, enamorado, besaste tantísimas veces, porque a ello te daban derecho tu amor y su pureza; esa novia, en cuyas sonrisas y gestos has creído ver un anticipo pícaro de mayores promesas, la verás totalmente transformada la noche de sus nupcias: no te parecerá la misma. Esa alegría jocunda que en su rostro y en sus ojos brilló todo el día de ruido y de fiesta, se hundirá en lo más profundo de su alma así que os hayáis despedido del último invitado.

Ya será tímida, cauta y reflexiva aún en medio de su aturdimiento. Devolverá los besos casi maquinalmente, de una manera extraña, que habrá de contrastar con rudeza con aquellos de otrora en que intentábais fundir vuestras almas en la esperanza de este instante grandioso.

Entonces es cuando el amante perfecto, un poco egoísta y un mucho enamorado, súbitamente, en el soplo de un relámpago, dirá, aterrorizado:

—¿Pero es que no me amas? ¿Qué te sucede?...

Ella acaso no conteste a la pregunta absurda. Pero ya lo hacen sus ojos, que miran largamente, dulcemente, en una interrogación muda, pero elocuente en su expresión, proclamando el amor vehementísimo y sincero que, por encima de su vida, dedica al hombre que va a poseerla en la plenitud de su alma y de su carne.

Para la virgen ya no hay nada más que una obsesión alucinante que la encoge el alma y hace vibrar de miedo pueril a su cuerpo, ahora muerto para el deseo.

Ha oído decir muchas veces que ese trance que se avecina es doloroso y sangriento; algo que tiene en su poder ánimo el prestigio

alucinante de un martirio. Y he aquí el contraste: para el hombre que no pasó por ello, todo se presenta sumamente fácil, bellamente asequible; para ella, extremadamente difícil, terriblemente duro. Y ninguno de los dos están en lo cierto. Ambos lo oyeron comentar a sus amistades, pero la audacia masculina llena de optimismo y la timidez femenina pletórica de terror, discurrieron por cauces diametralmente opuestos.

Pero el tiempo pasa. Desde su reclusión en la cámara nupcial han transcurrido muchos minutos que hacen violenta la situación gravitando sobre los enamorados como otras tantas losas de plomo.

Ella, eso sí, en un arranque admirable, empieza a desnudarse, mientras suplica quedarse sola. No hagáis caso, maridos. Con dulzura, sin violencia, hacedla comprender que serenamente, fumando un cigarrillo, la veréis desvestirse sentado en la butaca que habréis colocado frente a ella.

Inspiradla toda la confianza posible y en verdad distraeros con el humo del tabaco, con el decorado, con la contemplación de cualquier detalle cualquiera, *menos en lo que más os interesa*. De paso comentad cualquier caso pueril del día, dejadla hablar y dadle la razón siempre.

Durante este proceso es fácil, casi seguro, que se haya abandonado un poco en la operación de desnudarse, hasta el extremo de quitarse y volverse a poner una media seis veces seguidas. En resumen, la mejor táctica es la de la indiferencia más completa, aunque, como vulgarmente se dice, sea necesario hacer de tripas corazón.

La resistencia más importante que hay que vencer en la virgen es la anímica esencialmente. Con prudencia exquisita, desgarrad poco a poco el velo de su pudor tan fuertemente tejido. Por mucho que os ame, por muchas concesiones y anticipos que de ella hayáis recibido, esa noche, repito, será muy otra: os sorprenderá, es bien seguro, la violenta metamorfosis de su carácter.

Pero... ¡calma! Pensad que de vuestro comportamiento, si es una mujer delicada, dependerá toda la dicha futura. ¡Cuantísimas mujeres noblemente enamoradas vieron sucumbir para siempre en la noche de bodas la adoración que hasta entonces las inspiró el amado!

El temor que el acto fisiológico la inspira es algo que se pierde en las tenebrosidades de lo subconsciente, más que en lo consciente, porque a pesar de todos sus informes, sabe que mujer alguna murió del dolor extraño de la desfloración.

Quitad importancia al acto... y empezar a desnudaros, renunciando, desde luego, si se resiste, a que os muestre el esplendor de su desnudo. No hay nada que una mujer niegue con más tesón ni más firme convencimiento que esta concesión tan lógica. Pero si realmente queréis verla para agregar a tantos momentos felices esta indudable emoción estética, exteriorizad vuestra duda de que acaso se niegue a dejarse ver a consecuencia de algún defecto que trata de ocultaros. Y entonces, sin esperar a más ruegos, lo habréis conseguido completamente.

Siguiendo esta línea de conducta, el terreno ganado ya no se pierde jamás. Pero no se ha terminado, por fortuna. Y digo que por fortuna, porque lo más interesante y lo más bello es la prolongación, ojalá indefinida, de este dulcísimo preludio, deleite inexplicable que aun el polígamo sólo lo disfruta una vez en su vida. ¿Será esto el fundamento de los que sostienen que no hay placer mayor que el de la desvirginización, pero sin referirse a la desfloración misma?...

El marido debe saber cuáles son las *zonas erógenas* de la virgen y los medios naturales de excitación, con lo que habrá ganado el ochenta por ciento en las probabilidades del triunfo completo.

Antes de intentar la desfloración, ya hemos dicho que es preciso ir eliminando obstáculos anímicos, que poco a poco irán cayendo bajo la piqueta demoledora de los besos y las caricias sabiamente prodigadas.

A estos toques y caricias es preciso conceder una importancia enorme, porque indudablemente la tienen, ya que de ello depende la lubrificación de los genitales femeninos a consecuencia de la secreción de las glándulas, que harán más fácil el deslizamiento del pene por la cavidad vaginal y a través del anillo vulvar.

Al llegar a este punto nos encontramos con la necesidad imperiosa de recurrir al elemento primordial del juego amoroso: el beso.

La importancia del beso como punto de partida de las relaciones sexuales es enorme. Yo creo que su papel en la tumescencia, o sea la preparación para la consumación del acto carnal, es tan enorme, que a veces, algunos hombres de temperamento hipersensible, se han visto físicamente desarmados para proseguir la empresa amatoria, pues no han necesitado de otros contactos ni caricias para llegar a la detumescencia, esto es, a la eyaculación.

Este caso es bastante más frecuente que lo que se supone, pero ello no implica ninguno de esos peligros tan acreditados en la opinión

del vulgo, como, por ejemplo, un síntoma de impotencia próxima o de falta presente de virilidad. Ocurre a menudo que, a consecuencia de haber llegado a un grado de excesiva excitación psíquica, al límite de la tumescencia, un beso dado a la amada en cualquier parte de su cuerpo es suficiente para provocar la descarga sexual, llegando incluso a experimentarse el deleite en los mismos grados de intensidad que si el coito hubiera sido ejecutado perfectamente.

El juego amoroso—dice Van de Velde—, en todo su significado y alcance está relacionado con el impulso de la sensación sexual.

No todos los besos tienen causas sexuales; hay que reconocer que muchos besos se dan y se reciben por puro convencionalismo, carentes de sustancia y de emoción, puesto que tienen diferente origen que el de la inclinación sexual. Desde luego es innecesario hacer esta aclaración, siendo fácil comprender que en la madre que besa a un hijo, en el amante que besa a su amada y hasta en la esposa que besa a su marido, no juegan un papel idéntico los elementos sensorios. Así, pues, nos referiremos al beso en su carácter sexual y en sus diversos aspectos.

El beso de amor contiene una gama variadísima que va desde el más ligero roce de los labios sobre la piel al "cataglotismo", o sea a la penetración de la lengua hasta donde puede llegar en la boca del ser amado. Para esta clase de beso la lengua es un elemento indispensable, constituyendo tal vez la variedad más importante de la caricia.

Los sentidos que participan en la percepción del beso son: el tacto, el olfato y el gusto. Un cuarto sentido, como ya hemos dicho en otra ocasión al hablar de la tumescencia, puede ser el oído, cuya importancia no vamos a poner en duda, aunque prescindamos de enumerar sus características.

Van de Velde dice que durante este acto le corresponde gran importancia al olfato. Las impresiones olfatorias, que proceden de la piel de los alrededores de la boca, con la cual la nariz entra en íntimo contacto al besar, se mezclan con aquellas que proceden de la cavidad bucal y con las de los olores del aliento. Son tal vez de máxima importancia las impresiones procedentes de la piel. De todas maneras, abogan en favor de la teoría de que el beso procede del olfateo, muy corriente entre los animales e incluso entre ciertas razas de Asia, Africa, América y Oceanía, pudiendo encontrarse también esta modalidad del beso olfatorio entre los lapones y otras gentes de la Europa septentrional. En estas razas que, en lugar de besarse se

olfatean mutuamente frotando a veces con fuerza una nariz contra otra, el olor de la piel desempeña, indudablemente, un papel importantísimo, y, de una manera más evidente, el perfume del aliento.

También el sentido del tacto recibirá durante el olfateo impresiones superlativas, aunque en modo alguno pueden resultar tan finamente graduadas y tan intensas como las del beso. Ahora bien; durante el acto del olfato, falta un elemento esencial: el sabor. Cierto es que existen infinidad de personas que no se dan cuenta de ello al besar y sólo pocos son, en esta materia, capaces, como los antiguos romanos, de definir el sabor de los besos de la adorada. Los besos de Popea, la segunda esposa de Nerón, han sido descritos diciendo que sabían a bayas ásperas. Pero es indudable que existe un sabor distinto en las diversas personas, y jamás fijo en el mismo individuo.

Es indudable, también, que ese sabor procede de la saliva, de la cual sabemos, basándonos en los estudios de la química fisiológica, que su composición suele alterarse en casos de trastornos corporales normales, como, por ejemplo, durante el embarazo y la menstruación, y que muchas substancias que en cualquier modo se introducen en el organismo se mezclan con la saliva.

Hay que hacer resaltar dos factores de gran importancia. El primero de ellos en la sensación peculiar que hace el efecto de succión, que durante el beso se verifica por regla general en grado más o menos notable; trátase aquí de una impresión siempre variable, y que, según sus efectos, puede resultar activa, pasiva o mixta. El segundo factor, del cual aún tenemos que hablar, son los dientes, que producen una sensación especialísima. No solamente tienen cierta importancia como base de los labios, sino que actúan a veces activamente, sobre todo, en los besos frenéticos.

Actúan de un modo indudable en los pequeños mordiscos, apenas sentidos, finísimos y ligeros, que aumentan con extraordinaria suavidad sin que produzcan dolor, pues así proceden el hombre y la mujer cuando el juego de amor va tomando incremento, y especialmente cuando estos mordiscos se dan en series sucesivas, rápidamente y sobre sitios no muy distantes unos de otros, acusan sensaciones especialísimas, tanto para el que los da como para la persona que los recibe, siendo a veces estímulos eróticos de especial intensidad.

No he leído a tratadista alguno que conozca la psicología del beso como el sabio ginecólogo holandés citado, que sigue diciendo: Además del beso cambiado de boca a boca, suele servirse el juego de amor, con preferencia, de los besos que pueden aplicarse en todas las par-

tes del cuerpo. En esta clase de besos, la graduación depende, e primer lugar, de los sitios en que se aplican, pudiendo decirse, con regla general, que la sensibilidad (excepción hecha de la boca y lo los pezones, que ocupan lugares especiales) aumenta desde la peri feria hasta el centro, de la frente a la mejillas, de la punta de los dedos a los brazos, de los pies a los muslos, progresando siempre en dirección a los órganos sexuales.

Al llegar a este punto el tratadista parece que titubea para definir la importancia de esos centros erógenos específicamente sexuales. Quiere decir, con tales eufemismos, que después de los labios y los pezones el clítoris es el órgano más hipersensible a toda clase de caricias o roces, con la particularidad evidente de que cuanto más leves y discretas sean, más inmediatos y seguros serán sus efectos.

El doctor Féré ha dicho: "El beso no es una manifestación de sentimiento, sino el medio de despertar éste."

Yo creo que el ilustre psicólogo no ha podido hacer una definición más desacertada en menos palabras. Generalmente, el hombre, cuyo temperamento erótico y predisposición para los goces sexuales son infinitamente más vigorosos que en la mujer, jamás ha pensado siquiera en que sus besos sirvieran de estímulo primordial para despertar en una mujer ningún sentimiento.

Aproximándome en parte a la opinión de Féré, puede admitirse que esta caricia ejecutada sobre centros erógenos bien definidos, como, por ejemplo, el clítoris y los pezones, lleve consigo el deseo vehemente de despertar una fuerte sensación voluptuosa en la amada. Pero a esta pretensión va asociada la tendencia inicial y egoísta, por decirlo así, de conseguir para sí mismo el máximun de excitación sin ocuparse de modo preferente de las sensaciones que tal actitud pueda provocar en la mujer.

Luego el beso, por regla general, es una eminente manifestación de sentimiento, o, dicho de otra manera, un procedimiento para iniciar ventajosamente la descarga sexual necesaria para complementar el acto.

Del mismo modo, los besos que un hombre recibe de una mujer han de ir dirigidos a las zonas erógenas masculinas equivalentes, pero en este caso es cuando puede admitirse la definición de Féré, pues dado el temperamento del hombre y su más fácil excitabilidad sexual, se comprende que el placer que él reciba ha de ser más intenso que el que la mujer experimente, aunque ella, por su parte, perciba también una sensación en cierto modo egoísta.

Ya tenemos estudiado el beso en varios de sus aspectos esenciales. Naturalmente, pocos hombres habrá, diríamos mejor ninguno, que al enfrentarse íntimamente con su esposa o con su amante desconozcan el prestigio de la más bella caricia. Pero hasta ese instante los besos que se cambiaron de boca a boca estaban exentos de la oportunidad sexual, o, mejor dicho, de la libertad necesaria para, sin prejuicios de ninguna clase, entregarse de lleno a la caricia y a sus inevitables consecuencias.

Luego ésta es la ocasión de echar mano de todos los recursos para que el método de iniciación se amolde a las manifestaciones necesarias que requiere el nuevo motivo experimental.

El enamorado amante, a quien hemos de suponer ya dentro del lecho, sabe de sobra cómo ha de conducirse en la utilización del beso, como principio del juego amoroso y preliminar de la desfloración.

La desfloración en sí, ya hemos dicho que necesita de esta táctica para que pueda conseguirse plenamente en los terrenos físico y psíquico. Pero el hecho de que haya sido lograda tan felizmente, no quiere decir que este juego amoroso, esta conducta delicada del esposo o el amante para con su elegida, haya de relegarse a último término en lo sucesivo. La técnica de la unión sexual perfecta ha de estar basada e inspirada en la táctica que se empleó para la desfloración la primera noche de bodas.

Si ya conocemos cuáles son las zonas erógenas más importantes, ya no queda al amante otra cosa que hacer sino actuar sobre ellas, con besos, con caricias y toques oportunos. Surge ahora el tacto como elemento también de máxima importancia. El tacto ya resulta más completo que el beso, pues en este caso, el hombre, al acariciar a su amada, lo hace tanto por íntima satisfacción como por el deseo de procurar goce. El beso, ya lo hemos dicho, o mejor, sus resultados, satisfacen mucho más al que los da que a quien los recibe, refiriéndonos al aspecto sexual. Pero la caricia esencialmente tactil, sin asociación con el olor ni el sabor, como puede ocurrir con el beso, creo que produce efectos más definidos, en la mayoría de los casos, en el sujeto pasivo que en el activo, especialmente cuando se orientan los toques hacia los centros generadores de erotismo aludidos.

No hay duda alguna de que las sensaciones del tacto son las primeras impresiones sensorias que producen placer. Precisamente porque el órgano sexual se funda en una adaptación especial y una gran intensidad de las sensaciones del tacto, es por lo que dicho sentido

ocupa, por lo general, un lugar preeminente en lo que a las emociones sexuales se refiere.

La sensibilidad elemental de la piel queda demostrada con el solo hecho de que una excitación moderada basta a elevar su temperatura. Dos caracteres principales del sentido primitivo del tacto son: su extensión por todo el cuerpo y la vaguedad e imprecisión de las sensaciones que transmite al cerebro. Por tal motivo, según Bain, el tacto es el menos intelectual y estético de todos los sentidos, y de todos ellos el más profundamente emotivo.

Algunas partes de la piel poseen una sensibilidad sexual especialísima, sobre todo en las mujeres, de tal modo que, según Féré, la estimulación por contacto de los labios, el lóbulo de las orejas, la nuca, el dedo meñique, la rodilla, etc., basta a veces para producir el orgasmo. Naturalmente, esto no ocurre a todas ni con todos los hombres. Algunas, de exagerada sensibilidad para las impresiones sexuales, lo experimentan con solo dar la mano a un hombre que les sea simpático.

El tacto puede tener muy diversas gradaciones, desde el toque suave y casi imperceptible, hasta el frotamiento o presión brusca y violenta de la parte acariciada. En el segundo caso, el sadismo y el masoquismo, perversiones del impulso sexual que estudiaremos debidamente, pueden jugar un papel muy importante, pero catalogado, desde luego, en el índice de lo francamente anormal.

Generalmente, cuando los individuos están bien orientados en la práctica sexual, las caricias llegan hasta donde el dolor empieza. Desde luego, la caricia o el toque de más efecto es aquel que es más suave y discreto. Tal sucede, por ejemplo, con el clítoris y los pezones, pues siendo estas partes tan sensible, esa natural sensibilidad nace de la enorme acumulación de nervios en zonas de extensión reducidísima, por lo que se comprende fácilmente que una presión o un roce algo acentuados son suficientes para provocar emociones diametralmente opuestas a aquellas para las cuales el organismo de la mujer pudiera hallarse deficientemente dispuesto.

En el caso de que esto ocurra, sería necesario empezar de nuevo el juego amoroso, con el inconveniente bastante apreciable de que esta nueva tentativa pudiera no surtir efectos idénticos a los que se malograron por la torpe interpretación de la caricia.

Luego el juego amoroso se compone de la combinación de los métodos expuestos, discretamente aplicados, con el complemento naturalísimo de la conversación que a veces es suficiente para corregir

determinadas torpezas fáciles de cometer y de las que la mujer no se dará mucha cuenta cuando van veladas por esos recursos de la dialéctica tan imprescindibles para disfrazar nuestros más vehementes sentimientos.

Generalmente en la primera noche la mujer se convierte en sujeto pasivo, aunque durante el noviazgo, y en las ocasiones que hubieren sido oportunas, haya dado pruebas de una actividad hasta cierto punto atrevida. Pero en esta noche, el pudor, la vergüenza, todas estas circunstancias que suponen un descentramiento con relación a la vida ordinaria, parecen tener una fuerza inhibitoria para la expansión sincera de todas las manifestaciones. Nada tiene de particular que una muchacha que en el noviazgo se haya distinguido por su locuacidad, se muestre en la noche de nupcias silenciosa y reservada hasta el extremo de provocar en su amante una confusión inexplicable que, a la vez, se erige en un motivo de excitación. Repetimos que ese pudor es grato al hombre sólo en estas condiciones.

Vencer esa resistencia anímica, que ha de ser forzosamente el primer triunfo viril, no es una ciencia infusa, ni muchísimo menos, y cualquier hombre, por poco delicado que sea, cuando supedita al objeto amado toda tendencia egoísta, sale airoso de la empresa sin necesidad de otros recursos de más fuerza persuasiva.

LA TUMESCENCIA EN LA MUJER

Fecundación y excitación.—Signos elementales de la tumescencia.—Sensaciones reflejas.—Lubricación de los genitales.—Aplicación directa de la saliva como lubricante.—Peligros de este sistema.—Excitación glandular.—Consideraciones estéticas.—El "cunni inctus".—Los indígenas de las islas Carolinas.—La ocasión propicia.

SOSTIENEN algunos autores que para que la fecundación ocurra es indispensable que la mujer alcance un grado de excitación sexual parecido al del hombre. Tales afirmaciones son inadmisibles, y para ello remitimos al lector al volumen segundo de estos TEMAS, en los que se cita un caso de fecundación, no sólo ausente de la predisposición necesaria en la mujer, sino hasta de la intervención directa del varón. Antiguamente se creía que la secreción de las glándulas vaginales y vulvares de la mujer equivalía a la eyaculación del hombre. Esta creencia estimo que debe ser debida al hecho de que los investigadores tal vez realizaran experiencias con mujeres en las que los orificios de evacuación glandular fueran demasiado amplios para permitir observar la salida de la secreción a simple vista.

Tales teorías han sido rechazadas por completo, aunque aún las sustente una gran masa de la opinión vulgar. Lo que sucede, sí, es que la mujer necesita de esa secreción, lo que constituye la plenitud de la tumescencia, no para ser fecundada, sino para experimentar el orgasmo venéreo como descarga nerviosa.

Cuando el juego amoroso se ha llevado a cabo con arreglo a una técnica inteligente y presionando sobre los resortes citados, ocurre un hecho de apreciación elementalísima, cual es el de la erección clitoridiana que a su vez tiene reflejo en los pezones. O sea, que la succión del pezón o la titilación lingual, que son los más eficaces procedimientos tumescentes, se reflejan invariablemeste en el clítoris y por extensión en las demás zonas inmediatas.

A la inversa, esos mismos toques practicados suaventeme en la

zona específicamente genital, tienen su repercusión inmediata en las mamas. Esto evidencia la estrecha relación que existe entre los dos órganos, puesto que la misión de los pechos es proseguir la labor del útero.

El primer síntoma de la tumescencia en la mujer, aparte de los reflejos de que hemos hablado, se manifiesta en un aumento de la actividad circulatoria, que da lugar al rubor que, a veces, es también un reflejo del pudor tan ampliamente estudiado en las páginas anteriores.

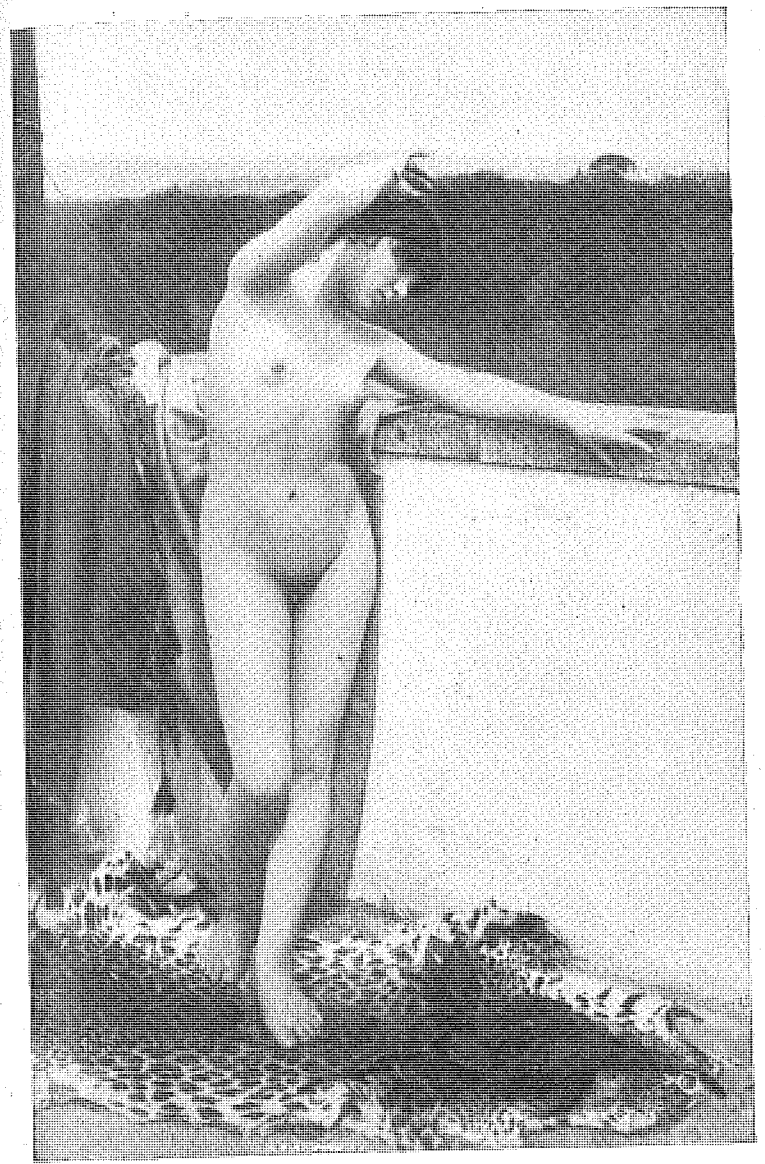
A esta evidente elevación de la temperatura sucede como consecuencia inmediata la congestión de los órganos sexuales externos, cuya estructura, sólo perceptible para los experimentados, se asemeja al producto de los fenómenos motivados por la mestruación, esto es, enrojecimiento de los grandes labios, hinchazón de los pequeños y mayor elasticidad de los tejidos vulvovaginales.

Esta repleción sanguínea constituye el mecanismo necesario para provocar la secreción glaudular, que tiene por objeto, como ya hemos dicho, lubrificar el anillo vulvar y el tubo vaginal para hacer más fácil la penetración del miembro viril.

Van de Velde dice: "Este juego de excitación puede sufrir una limitación no considerable debido a la falta de secreción de mucosidad de las glándulas vestibulares que han respondido de modo incompleto a las excitaciones sexuales precedentes, tanto de clase psíquica como corporal. Debe tenerse en cuenta que toda excitación por roce de la vulva, del clítoris o de la entrada vaginal, sea debida a los procedimientos de excitación o por realizar el coito, en cuyo caso resulta aún más intensiva, produce, cuando no existe suficiente substancia lubrificante, sensaciones dolorosas en vez de sensaciones de deleite; la consecuencia es que se produce en los tejidos un estado de irritación inflamatoria que puede aumentar aún en alto grado, por subsiguiente excitación, haciendo de todo punto imposible cualquier actuación sexual, ya que los dolores producidos resultan demasiado acentuados.

"Entonces debe sustituirse en tiempo oportuno dicha falta de mucosidad por cualquier otra substancia que asegure una lubrificación suficiente sin que dé lugar a excitación alguna."

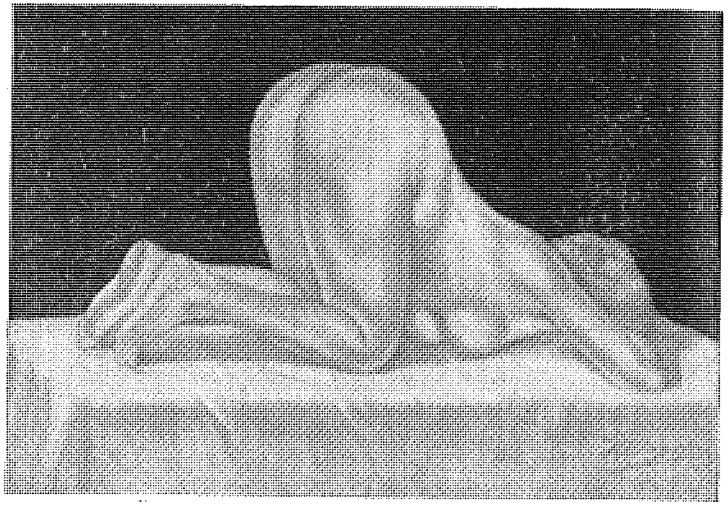
Sigue diciendo Van de Velde que el sustituto de lubrificación más sencillo, en caso de falta de secreción mucosa durante el juego de excitación, es la saliva. Tiene, además, la ventaja de ser un auxiliar natural si lo comparamos con los de origen artificial, y se halla siem-



PROSTITUTA SICILIANA

Su pudor radica, principalmente, en un concepto más estético que ético.

LAMINA III



TÉCNICA DE LA DESFLORACIÓN

A. Posición genupectoral o de plegaria mahometana.



B. Variaciones sobre la posición denominada «de Walcher». (De un tratado de partos del siglo XVI.)

LAMINA IV

pre a nuestra disposición. Tiene, sin embargo, el inconveniente de que su efecto no es bastante. Por tanto resulta poco adecuada en aquellos casos en que el medio lubrificante debe facilitar el coito. En caso de juego prolongado de excitación y si persiste la falta de secreción y mucosidad, a pesar del estímulo ejercido, debe repetirse varias veces el humedecimiento con saliva, especialmente por el hecho de que ésta se seca con bastante rapidez.

Todos estos inconvenientes desaparecen naturalmente cuando se hace la aplicación de la saliva, en vez de usar la vía indirecta, por la directa, es decir, por la boca en vez de hacerlo con los dedos, tal como sucede durante el beso de excitación, que consiste en los contactos, en forma de beso, por los labios y la lengua.

En este punto hace una llamada diciendo: "Excluyo adrede en este caso tecnicismos más o menos científicos, que muchos autores suelen usar al describir la producción del orgasmo sirviéndose de excitaciones buco-linguales sobre los genitales, ya que no puedo estar conforme con ellos en usar expresiones y tecnicismos que describen relaciones patológicas, aplicándolos a procesos que, según mi propia convicción, considero irrepochables, tanto desde el punto de vista ético y estético como higiénico. (Creo que el lector, conocedor de estos hechos, estará conforme conmigo.) Naturalmente, resulta "conditio sine qua non" una perfecta salud y absoluto aseo, sobre todo en lo que a los últimos puntos de vista se refiere.

"Esta clase de estímulo tiene la gran ventaja de que no se nota la falta de secreción, como tal, sino que con absoluta seguridad provoca el efecto deseado debido al considerable aumento de dichos estímulos, además de la gran variación que puede ofrecer tal juego de excitación. Si lo decimos de otra manera, provoca una tensión suficiente, sea inmediata o bien incluyendo otra clase de juegos, creando las condiciones tanto psíquicas como corporales, para un coito satisfactorio y de perfecta evolución para ambos amantes.

"Dicho medio resulta adecuado de un modo especial para las mujeres inexpertas, a las cuales falta práctica en el juego de amor, capaz de despertar toda excitación sexual. Hay que tener en cuenta, sin embargo, un punto importantísimo: ¡El marido debe proceder en estos casos con el máximo tacto y recato! Ya lo dice el conocido proverbio: "De lo sublime a lo vulgar, no hay más que un paso", y aplicando dicho proverbio al Código del amor, diría: "Lo más bello y lo más feo se hallan separados por una barrera difícilmente apreciable."

Este aspecto a que alude Van de Velde del juego amoroso, tiene tal vez menos ventajas que inconvenientes. El hecho de lubrificar directamente con saliva los órganos genitales de la mujer, puede traer como consecuencia que el acto degenere en onanismo bucal o lingual, en cuya caso el remedio, como vulgarmente se dice, será infinitamente peor que la enfermedad.

Como medio para acentuar en la mujer el grado de tumescencia, no hay duda que la titilación lingual del clítoris produce los efectos más vigorosos; pero si nos atenemos al hecho indubitable de que, entre dos amantes enamorados, la perfecta orientación del deleite está en que el máximo goce se consigue, no por el que uno recibe, sino por el que procura, el hombre que recurra a este procedimiento lubrificante está expuesto a que el medio se convierta en fin, y, por lo tanto, siendo difícil sustraerse al influjo psíquico, nada tiene de particular que el orgasmo se produzca simultáneamente en ambos; en ella, por el mecanismo indicado, y en él, en virtud de la fuerte excitación anímica y el convencimiento de que la adorada ha experimentado el máximo deleite.

Si no existiese la posibilidad apuntada, estimo que este puede ser el mejor medio de lubrificación. Pero no quiere decir que este método lleve consigo la producción inmediata del necesario grado de tumescencia, por cuanto nos encontraremos con las partes lubrificadas y perfectamente aptas para dar paso al miembro viril. Fisiológicamente, la lubrificación se ha conseguido; pero en el aspecto psíquico, la mujer puede continuar en el mismo grado de frialdad o indiferencia por el acto sexual, pese a lo artificial del humedecimiento del vestíbulo vaginal.

De aquí se desprende que si el procedimiento es muy aceptable en el aspecto físico, psíquicamente no se consigue la finalidad perseguida, siendo necesario entonces recurrir a otras caricias, perfectamente normales, que al lograr la predisposición anímica traigan como consecuencia inmediata el humedecimiento de los órganos. Sólo en los casos considerados como patológicos, en los que pudiera suceder que la secreción glandular vulvovaginal fuese deficiente o nula, es cuando resulta imprescindible acudir a lo que se tenga más a mano.

Este procedimiento, que puede llegar a convertirse, como hemos visto, en perversión sexual, es lo que un célebre autor inglés denomina *cunnilinctus,* o sea aposición de los labios sobre los genitales femeninos.

El mismo autor afirma que estos fenómenos son esencialmente

normales, aunque se tiene a muchos de ellos por perversiones. Siempre que sirvan de ayuda a la tumescencia — agrega —, deben ser considerados como acciones tal vez antiestéticas, pero naturales y normales.

Es preciso tener en cuenta, además, que la estética varía por la influencia del amor sexual; desde el punto de vista del amante, resultan hermosas muchas cosas que no lo son para los que no aman, y mientras más grande sea la pasión que domina al primero, más se modifica y varía el aspecto estético de las cosas.

La consideración y estudio de estos fenómenos entre los pueblos civilizados y los salvajes, basta para demostrar que la tendencia a creer que las ideas normales de estética pueden ser introducidas en en terreno sexual, es una tendencia falsa y equívoca muy común entre escritores cuyas producciones van completamente exentas de todo valor científico. Desde el punto de vista de la normalidad sexual de la vida ordinaria, todos los procedimientos del sexo son antiestéticos, excepción hecha de los primeros períodos de la tumescencia, tales como los besos, las caricias, etc.

Siempre que formen parte de la fase natural de la tumescencia, el uso de las excitaciones sexuales que se obtienen por estos caminos debe ser considerado como una variación normal y comprensible; pero si esos contactos se utilizan no sólo para obtener la tumescencia, sino la detumescencia, entonces se convierten en perversiones, hablando en el sentido estricto y científico de la palabra. Son perversiones, a igual modo que lo son los modos de comercio carnal que impiden la fecundación; pero esto ya es más con arreglo a la moral convencional que de acuerdo con los impulsos y manifestaciones instintivas del sexo. La cuestión estética, sin embargo, sigue siendo la misma, cual si de la tumescencia se tratara. Es necesario hablar de este punto claramente, aun a costa de ser mal entendido, por los errores y confusiones que pueden surgir acerca de ello.

El aludido autor prosigue que el carácter esencialmente sexual de la sensibilidad de los contactos en los orificios genitales queda demostrado en el hecho de desarrollarse, a veces accidentalmente, durante la niñez. Al efecto, refiere un caso citado por Féré: "Una niña de cuatro años, de temperamento muy nervioso, que padecía tales accesos de furia que se tiraba al suelo y se arrancaba la ropa, salió en una ocasión al jardín presa de grande rabia, y se tiró sobre la hierba medio desnuda. Mientras se hallaba allí, dos perros, con los que tenía costumbre de jugar, se acercaron a ella y comenzaron a lamerle el

cuerpo, y dió la casualidad que mientras uno de ellos le lamía la boca, el otro lo hacía en las partes sexuales, haciéndole experimentar una sensación intensa que jamás olvidó y que no supo describir, acompañada de una deliciosa tensión de los órganos genitales. Al sentirlo, se levantó y huyó a esconderse, presa de inconsciente vergüenza. La impresión recibida fué tan profunda, que persistió durante toda su vida, sirviendo de punto de partida para otras perversiones sexuales, sintiendo siempre al contacto con la lengua del perro sensaciones de intenso placer sexual."

El *cunnilinctus* era una manifestación muy común en los tiempos del clasicismo, como lo demuestran las referencias frecuentes y algo desdeñosas que de él han hecho Aristófanes, Juvenal y muchos otros escritores griegos y romanos. Los griegos lo tenían por costumbre fenicia, del mismo modo que ahora lo consideramos como práctica esencialmente francesa. Por lo general, suele prevalecer en todos los períodos de alta civilización y entre las gentes más refinadas de los pueblos civilizados, tanto normales como anormales.

El carácter esencialmente normal de estos procedimientos, siempre que vayan asociados a la tumescencia, lo demuestra el hecho de ser practicados por animales.

Su práctica como episodio normal en la tumescencia era frecuente entre las razas humanas más bajas, como lo demuestra el ejemplo de los indígenas de las islas Carolinas, comprobado por colonos españoles en el tiempo en que dichas islas pertenecieron a España y registrado después por el doctor Kubary, que realizó muy detenidas investigaciones en estas razas. Es costumbre entre ellas que el hombre coloque un trozo de pescado en el órgano sexual de la mujer, estimulando luego a éste con la lengua, hasta que la excitación que siente la mujer la obliga a orinar, señal, según ellos, de que es llegado el momento apropiado para el comercio carnal. Dicha práctica se apoya en hechos fisiológicos normales, aun cuando desde el punto de vista de la estética no nos parezca muy bello.

Dejemos ya la exposición de los sistemas usuales para provocar la tumescencia, porque, de seguir por este camino, entraríamos sin darnos cuenta en un terreno que, aunque científico, puede prestarse a interpretaciones demasiado equívocas, que harían del presente tema un motivo bastante destacado para llevar al lector por caminos diametralmente opuestos a los que nos proponemos indicarle.

Una vez comprobada la excitación psíquica y física de la mujer, tanto por los síntomas de rubor como por el humedecimiento de sus

órganos genitales, el amante deberá considerar llegada la ocasión propicia.

No hemos de ocuparnos del hombre, puesto que la tumescencia en él ha empezado a producirse con sus fenómenos típicos desde los primeros instantes del juego amoroso. Así, pues, es necesario admitir que el grado de turgencia y erección del pene sea completo, siempre que haya sido capaz, lo que no siempre es fácil, de conservar tal tensión, pese a los excitantes que en todos los órdenes habrá recibido como reflejo obligado de las caricias que ejecutó. Pero aun en el caso de que esos estimulantes hubiesen producido la eyaculación, necesitará de muy pocos minutos para recobrar nuevos bríos, y, en tal caso, ya se encontrará en condiciones infinitamente superiores para disponer de la necesaria habilidad para proceder a la desfloración. Decimos habilidad, pero mejor dicho estaría, vulgarizando, fuerza, energía.

TECNICA DE LA DESFLORACION

Posturas para la desfloración.—La genupectoral y la posición de Walcher.—Ventajas e inconvenientes.—Desgarramiento del himen.—La posición normal.—Táctica prudente.—El dolor del desgarro.—La ayuda de ella.—Precauciones ante la hemorragia.—Una tregua necesaria.—Efectos normales de la desfloración.—La hora de la armonía.—El orgasmo en la mujer.—Período de cicatrización.

TAL vez la parte esencial de la buena técnica dependa de la postura que haya de adoptar la mujer en este trance, puesto que, consciente de lo que va a ocurrir, ha de prestar la máxima facilidad para que la ruptura de la membrana himenal se efectúe lo más rápida y perfectamente posible.

Yo estimo que una de las posturas preferidas es la genupectoral, o de plegaria mahometana; esto es: arrodillada de forma que el pecho se apoye en los brazos, que han de servirle de asiento. De esta forma, y con los muslos regularmente separados, presentará la vulva en toda su amplitud y la membrana habrá conseguido la distensibilidad precisa, ofreciéndose en su máxima dilatación, de forma que una presión del pene no muy brusca será suficiente para ocasionar la ruptura. (Lámina IV, A.)

Ahora bien; esta posición ofrece el inconveniente irremediable de que las excitaciones psíquicas quedan bastante atenuadas, puesto que ya no es posible el cambio de besos ni esas infinitas caricias que el momento puede sugerir a los amantes.

Aparte de estos inconvenientes, la mujer no suele prestarse de buen grado a la adopción de tal sistema, ocurriéndole otro tanto al hombre. Entonces, aunque la postura de frente no resulte tan adecuada desde el punto de vista de la perfecta técnca, hemos de considerarla como insustituíble, ya que si las condiciones físicas no son mejores, en cambio las anímicas pueden ser bastante para una compen-

sación ventajosa. No obstante, las diferencias no son tan notables que merezcan una detenida discusión.

Hay otra postura, muy usada en las operaciones ginecológicas, denominada "posición en suspensión de Walcher", una de cuyas variedades ha sido indicada en los Códicos de amor orientales como particularmente adecuada para la desfloración. (Lámina IV, B.)

En dicha posición, la mujer se halla echada de espaldas, un poco fuera del borde de la cama, de modo que los muslos y piernas, ligeramente separadas, cuelguen hacia abajo y procurando que los pies encuentren un ligero apoyo. Es necesario que el borde de la cama sea un poco duro, y que esté alto, para mayor comodidad del hombre, el cual ha de operar de pie, apoyándose, en todo caso, en el lecho.

No explican esos Códigos la razón de tal postura, aunque es dado admitir que, procediendo de esta forma, el pene queda forzado durante el acto de introducción en la vagina, debiendo ceder en su posición recta y adoptando más bien una posición horizontal, lo que produce cierta presión sobre la vagina. De esta manera, el órgano queda fuertemente comprimido, a causa de su propia elasticidad y la de la cabeza del glande, contra el arco pubiano de la mujer, deslizándose el glande con facilidad a lo largo de la pared anterior dentro de la vagina, de forma que, al principio, solamente queda distendido el borde libre del himen.

El desgarro completo, dice un autor, sólo se efectúa cuando atraviesa dicho lugar la parte más gruesa del pene, mientras que en la posición normal el desgarro de la membrana himenal se verifica por la presión de la punta del pene, ejercida desde fuera; es decir, se trata entonces de una presión más brusca, que por lo mismo debe producir mayor dolor.

Pero nos encontramos con que dicha posición, lo mismo que la genupectoral, no permite a los amantes emplear ciertas caricias ricas en recursos psicosexuales. Es imposible, por otra parte, que el hombre se resigne en un acto tan solemne a someterse a estos cánones técnicos que pueden obviarse, pues aunque los métodos sean recomendables desde el punto de vista frío y sereno del que los recomienda, no ocurre lo mismo cuando el amante los analiza en el plano en que naturalmente ha de estar situado en una noche que, la mayoría de las veces, es única e insustituíble para toda la existencia.

Hemos de recurrir, pues, a la posición normal, o sea la *positio obversa,* como la denominaron los viejos clásicos, y de ella, la postura primera, ya que existen otras variaciones, muy numerosas por

cierto, a las que nos referimos en el volumen titulado *Deleites sensuales,* de esta colección.

La mujer ha de estar echada sobre el dorso, con los muslos fuertemente separados y flexionadas las piernas. La máxima separación de los muslos resulta imprescindible, ya que de esa forma, repetimos, se consigue que la membrana himenal alcance el grado máximo de distensibilidad. Esta postura ofrece el inconveniente de que ella habrá de soportar el peso del cuerpo de su esposo. Pero no insistamos demasiado en la exposición del sistema, ya que estamos bien seguros de que para nadie será desconocido. Desde luego, tal postura no podemos fundamentarla en el ejemplo de los animales, pues sus contactos reproductivos se verifican, como se sabe, de una forma completamente opuesta.

Cuando el marido haya logrado de su esposa esta posición, hay que suponer, como hechos dicho antes, que su miembro viril estará convenientemente lubrificado para hacer perfectamente posible el resbalamiento del glande bajo la envoltura prepucial. Y éste es el instante supremo: ahora es cuando el amante va a arriesgar en la centésima de un segundo, quién sabe si toda la felicidad de su matrimonio.

Ni ha de ser tímido ni ha de ser audaz: ambos extremos pudieran producir resultados idénticos, puesto que ella, en el primer caso, se creería superior a él, y en el segundo, comprobaría que, evidentemente, lo era. Luego la táctica ha de ser intermedia, pero siempre, tenedlo presente, procurando interpretar las palabras o el silencio de la enamorada en la justa medida, o, si acaso, un poquito más allá de ese límite. En resumen, que el amor, esa noble eclosión del espíritu, y sólo del espíritu, que sea la esencia y potencia insigne del acto, para que, de esta forma, el deseo se oculte, el deseo se esconda...

Y veamos el modo, dentro de lo posible, de poetizar esta prosa:

El amante ha de comprender que su amada es inexperta en estas lides. No es posible obligarla ni es prudente indicárselo siquiera, que con sus manos tome el miembro viril para intentar la desfloración. Sus manos, en estos momentos, son más dignas de ser besadas, o instintivamente ellas acariciaran vuestro cuerpo con la tenuidad de un soplo.

El glande debe introducirse durante el acto de las desfloración, con un movimiento resbaladizo, lo más adelante posible, de forma que la punta penetre en la abertura himenal deslizándose por la pared anterior del vestíbulo. Al seguir penetrando el miembro viril, cuando el anillo corresponde a un himen semilunar, que es la estructura más

abundante de dicha membrana, se distenderá el borde anterior, a fin de lacerarse, por regla general, de izquierda a derecha, con lo que se realiza la destrucción del himen por distensión y no por estallido.

El medio más sencillo en la posición normal, es que el marido se coloque de modo que su pene no penetre directamente dentro de la vagina, sino presionando desde arriba, comprimiendo dicha parte por encima del arco público y conservando en lo posible su posición más o menos elevada.

Es casi seguro que la virgen, al sentir la presión, experimente un leve dolor y se eche hacia atrás, intentando, acaso, juntar las piernas. En este punto, recurrir a intensificar las caricias, nuevas frases persuasivas y, en fin, todos esos alicientes imprescindibles para triunfar completamente en el acto.

Para la mujer normalmente sensible, cuyo himen sea normal desde el punto de vista anatómico, el dolor del desgarro no resulta, ni mucho menos, insoportable. La duración de esta sensación dolorosa suele aún reducirse considerablemente, pudiendo hasta ser instantánea cuando el marido sabe aprovechar el momento en que siente que va penetrando el glande, respondiendo a la resistencia con la cual tropieza con un fuerte movimiento de presión, pero muy rápido, a fin de que no dé tiempo a la amada para que parezca brutal.

Es preciso convencerla de que ella debe ayudar, empujando hacia adelante, y si coinciden las presiones opuestas, que poco a poco deberán ser más enérgicas, el borde himenal quedará distendido y desgarrado simultáneamente. Un grito irreprimible será la prueba de que la desfloración se ha conseguido; pero el dolor no será siempre la consecuencia legítima del desgarro: más que el dolor, yo diría que es la sorpresa, la sensación de la presencia de un cuerpo extraño en reducto tan íntimo, tan reducido y tan recóndito.

Ya tiene el amante abierto el más dulce camino del amor. No esperar a más; después de persuadirse de que el pene ha penetrado completamente en la cavidad vaginal, redoblad las caricias, inundad de besos dulcísimos a la que acaba de entregaros su mayor tesoro —la moral convencional lo quiere así—, y hacedla llegar hasta el bidet, donde el amante preparará el baño local, consistente en tres litros de agua tibia, donde disolverá una pastilla de permanganato potásito de un gramo u otro desinfectante cualquiera.

La pérdida sanguínea producida por los desgarros, consecuencia de la técnica apuntada, es muy leve, y cesa muy pronto, sin necesidad

de calmarla por medio alguno. Por regla general, no suele pasar de tres a cuatro gotas, con la particularidad de que esta ínfima hemorragia ya no produce dolor alguno, a no ser que se trata de un caso patológico.

Nunca encareceremos bastante la importancia del lavado inmediato, para lo que hemos de aconsejar el permanganato potásico, que primero servirá para desinfectar las débiles legiones producidas por los desgarros, donde fácilmente pudieran tomar asiento diversos gérmenes patógenos capaces de provocar una peligrosa infección. En segundo lugar, el color de la solución, morado oscuro, impedirá a la recién desflorada ver el producto de la hemorragia, que, aunque sin importancia en la mayoría de los casos, es suficiente para preocuparla con la duda de la posibilidad de ulteriores complicaciones.

Después del lavado, basta enjugarse los genitales, secándose con una torunda de algodón, o un paño de felpa, *sin frotar jamás* y sólo tamponando. Los frotes, siempre imprudentes, pueden dar lugar, con seguridad, a una hemorragia considerable, a causa de la probable prolongación de los desgarros tan recientes.

Vuelta al lecho, donde la recién desflorada guardará un reposo completo, procurando tener las piernas muy juntas. Huelga decir que no debe tocarse con las manos el sitio de la lesión, y de esta forma, al cabo de media hora a una a lo sumo la hemorragia se habrá cortado completamente.

Pero el hecho de que la hemorragia haya cesado no autoriza al marido, ni muchísimo menos, a intentar una segunda cópula, que traería como consecuencia la reaparición de la hemorragia. Hablamos, repito, desde el punto de vista de la técnica más perfecta y racional, y nos dirigimos, lógicamente, a los hombres perfectamente razonables.

No hay que olvidar que las pequeñas lesiones producidas por los desgarros dejan esa parte naturalmente dolorida, y todo frote o un simple toque nada más, han de reflejarse necesariamente en el sistema nervioso.

La primera intromisión, además de la ruptura de la membrana, produce en la vulva cierta rubicundez inflamatoria, una irritación natural, puesto que los músculos vestibulares han alcanzado una notable distensión por la penetración del miembro viril. Esta dilatación de los tejidos, cuando es relativamente forzada y, sobre todo, falta lubrificación, puede traducirse en una hemorragia más intensa que la producida por el desgarro de la membrana himenal.

Lógico es suponer que si inmediatamente vuelven a repetirse los frotes, el órgano ha de resultar más sensible al dolor, hasta el punto de que una insistencia imprudente puede ocasionar la vulvovaginitis traumática, e incluso la *metritis* por *balística*, de lo que nos ocuparemos más adelante.

Luego el marido está en la obligación de comprender que su acitud ha de ser de máxima prudencia, de calma cordial e inteligente, y dejar pasar la noche como la esposa quiera. Entre musulmanes y hebreos y varios pueblos salvajes, la esposa no es entregada al marido hasta el tercero o cuarto día después de su desfloración, tiempo suficiente para que la cicatrización de las lesiones himenales se haya efectuado casi completamente.

Además, si el amor debe estribar esencialmente en la más íntima armonía de los amantes, y al decir esto nos referimos a lo psíquico y a lo físico, la mujer, virgen aún unos minutos antes, está falta hasta de las nociones más elementalísimas de la misión que ha de cumplir en lo sucesivo, inarmonía evidente con relación a su esposo, a quien hay que suponer bien impuesto en las teorías y prácticas de la vida sexual, que indudablemente no conoció por completo con la experiencia de una sola noche.

Esta razón indiscutible, aparte de las que abundantemente sugieren el estado psíquico de la desflorada, debe ser más que suficiente para aconsejar la norma de conducta a seguir mientras se inicia a la esposa en las prácticas naturales de su nueva existencia íntima.

Ni en la primera noche ni en muchas siguientes es posible lograr esa armonía justa. Todo ha de sucederse paulatinamente, por sus pasos contados. Luego, al cabo de una semana o poco más, es cuando realmente se logra la armónica plenitud de los goces sexuales, cuya garantía se fundamenta en la identidad anímica imprescindible.

¿Qué puede probar el amante a su esposa poseso de un impulso sexual desenfrenado, de un erotismo brutal y egoísta?... Pues eso: su egoísmo. Y esta pequeña causa puede traducirse en un irreparable efecto, de consecuencias desastrosas, puesto que ella, indudablemente, comienza sus nupcias con la horrible decepción sufrida al comprobar que el abrazo viril del amado, cantado por los poetas melancólicos y desorientados, alabado por amigas ya duchas en el arte de amar y exaltado hasta la exageración por los escritores pornográficos, no es más que un acto doloroso y cruento que deja escozor en la carne insatisfecha y hastío en el alma, que soñó con el poema de más sublimes grandezas.

Si a consecuencia de las excitaciones psíquicas o de los toques inteligentes del amado, ella llega a estremecerse en su noche de bodas, el placer será efímero y fugaz, algo que no es más que un remedo desesperante e incompleto. Y en su calma difícilmente alterable tendrá sobre sí un macho que se esfuerza en avivar las llamas de una lujuria que se va apagando tras de cada espasmo, hasta dejarle exhausto y rendido ante la incomprensión, la compasión o la indiferencia de la amada, que cree ver truncadas para siempre las ilusiones sexuales que concibió en muchas noches de insomnio en la soledad virginal de su alcoba.

No es literatura cuanto afirmamos: es la verdad escueta, extraída del fondo de muchas confesiones que nos hicieron infelices mujeres, dignas de haber sido desfloradas por hombres y no por bestias.

Luego el primer coito—siempre incompleto, incluso para el hombre, puesto que la eyaculación suele ocurrir antes de la intromisión del pene, en virtud del fuerte grado de excitación psíquica en que se halla — debe tener por único y exclusivo objeto conseguir la desfloración, ya que sus efectos son bastantes para neutralizar en absoluto los que pudieran producir otros manejos de excitación.

En todo caso, si ella hubiese llegado a excitarse hasta el extremo de solicitar una adecuada satisfacción a su natural ansiedad erótica, la intromisión del pene debe ser reemplazada por toques en la región clitoriana, hasta llegar a producirla el orgasmo, pero sin que en manera alguna vuelva a rozarse la región himenal, cuyas lesiones aún siguen abiertas. Y si a consecuencia de ello sobreviniese un desmayo, no hay que alarmarse: dejarla en él, que en seguida se traducirá en un sueño reparador y oportunísimo para la incertidumbre que en la bien amada hubiera podido producir el acto.

Por último, nada más indicado que abstenerse durante los dos días siguientes de contactos muy prolongados, y al cabo de ese tiempo es cuando comienzan las sesiones de verdadero aprendizaje para la esposa, unidas al otro encanto de gustar los placeres de la vida nueva que el soltero no pudo conocer hasta entonces más que por medio de remedos groseros y peligrosos para la integridad de su salud moral y física.

LAS CONSECUENCIAS DE UNA CONDUCTA TORPE

Analogías del dolor de la desfloración.—La falsa opinión de las mujeres.—Impresiones exageradas. El ánimo de la virgen.—Perjuicios que ocasionan las referencias falsas.—Perturbaciones psíquicas. El vaginismo.—Características de este trastorno. Causas hipotéticas y consecuencias ciertas.—La culpa es del marido.—Tratamiento del vaginismo. Vulvovaginitis. — Una desfloración mortal. — Opiniones de los tratadistas.—Importancia social de una mala técnica.

El dolor que una mujer experimenta en sus órganos genitales como consecuencia de la ruptura del himen, no es, en la inmensa mayoría de los casos, ni tan agudo ni tan duradero como estima el vulgo en sus apreciaciones. Físicamente, por el testimonio de varias mujeres "perfectamente desfloradas", puede afirmarse que el dolor es fácilmente soportable. Algunas lo comparan con la sensación que produce una pequeña quemadura; otras dicen que se asemeja a un pellizco en un pezón; otras afirman que más bien se asemeja al dolor que produce tirar con alguna fuerza de un pelo de los grandes labios, y, en fin, hay quienes aseguran que, al arañarse la vulva en un lavado, experimentaron más dolor que el producido por el desgarro de la membrana himenal.

Como se ve, las sensaciones son muy diversas; pero en esta mayoría se observa una coincidencia unánime dando a entender que la impresión se soporta sin que obligue a derramar una sola lágrima.

En muy largos años de experiencia clínica, sinceramente, no he conocido casos dignos de atención que supongan una insubordinación notable a la regla general. Yo opino que todas esas creencias que existen acerca de las consecuencias dolorosas de la desfloración, no responden al testimonio sincero de las desfloradas. Más bien, me atrevo a suponer que el *tabú* sea una consecuencia legítima de la

apreciación teológica e incluso de la moral familiar también, cuyas doctrinas han de ir encaminadas a buscar defensas para la virginidad en cuantos recursos puedan encontrarse a mano.

Pero este procedimiento, si en el aspecto teológico y moral puede producir resultados estimables, también es cierto que en el individuo, en la mujer, pueden traducirse en males que, en la mayoría de los casos, no tienen fácil remedio.

Esas opiniones terroríficas, esas impresiones equivocadas y esas referencias completamente falsas, también pueden ser propagadas por las mismas mujeres que pasaron por las horcas caudinas de la desvirginización. Acaso por un oscuro prurito de heroísmo o de inmodestia, o, mejor dicho, por un afán inconsciente de mentir asociado a esas tendencias naturales de la ética femenina y si se quiere hasta por un fenómeno de autosugestión — vea el lector que tiene donde elegir —, por una de estas razones o por todas a la vez, son muy pocas las mujeres que, preguntadas por una amiga acerca de las emociones de su primera noche nupcial, manifiesten que la operación fué fácil e incruenta si así hubiera sido.

Y este hecho tiene otra explicación que entra de lleno en el terreno de la psicología femenina, y, que yo sepa, jamás ha sido estudiado por ningún autor. Y vamos a explicarlo.

Lo mismo para el hombre que para sus congéneres, la mujer estima, al menos en los pueblos donde se concede al detalle anatómico tantísima trascendencia, que su virginidad es mayor cuanto mayor sea la resistencia opuesta por su membrana a la penetración del miembro viril; no saben asociar la posesión del detalle a otras manifestaciones más expresivas, ni son capaces, por lo común, de emplear más métodos persuasivos para hacerse comprender.

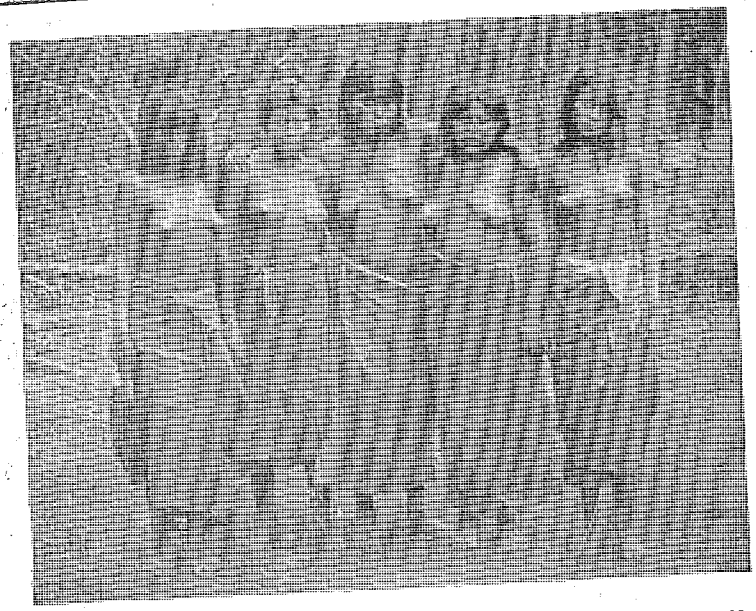
Esto es el resultado del poso tradicional que a las costumbres legó la sucesión de muchos siglos. Y, naturalmente, cuanto más libre y desenvuelta haya sido la vida de una soltera, con más negros tonos pintará los padecimientos de su noche de bodas. Tal vez en esto también coincida el marido, quien, asustado, la oyó proferir lamentos casi desgarradores, aunque es muy fácil que exentos de sinceridad...

Seguramente, si se encontraba en posesión de un himen excesivamente dilatado, es fácil que no fuera anatómicamente desflorada aquella noche. Pero no se dió cuenta de ello, porque lo más seguro es que ignorase en qué consistía la prueba física de su virginidad, o, de otra forma, que por cualquier circunstancia fortuita, como hemos dicho en el volumen anterior, careciese de la débil membrana. En



Esta muchacha marroquí, pero habitante en Rabat, muestra en su sonrisa una expresión pudorosa impuesta por el ambiente civilizado en que vive

LAMINA V



A. Indias paraguayas. Cuando visitan las ciudades del Paraguay, una moral que no comprenden las impide mostrarse como aquí, en sus bosques del Chaco.



B. Joven argelina.



C. Muchacha de Biskra.

LAMINA VI

tal caso, es casi seguro que no hubiese efusión alguna de sangre como prueba indiscutible—ya hemos visto hasta qué punto—ni que tampoco hubiese dolor ante la dilatación del conducto vaginal por la intromisión del miembro viril; pero ella habrá gritado.

Conste que con esto no queremos referirnos al fraude, ni muchísimo menos; hablamos de mujeres que jamás hayan tenido contacto carnal con un hombre, siendo, por lo tanto, auténticamente vírgenes aunque la membrana no exista.

Estas circunstancias, a las que podemos llamar de orden psíquico secundario, pueden ser explicadas por un móvil psíquico primario, por decirlo así.

Quiero referirme, escuetamente, a la sedimentación en el ánimo de la virgen de ese poso tradicional de que hablé antes. Tanto oír hablar del caso, tanto escuchar opiniones y referencias, llegó a producir en su ánimo ignaro un temor evidente a ese misterioso dolor físico del que tantos horrores se cuentan. Aun en sus manejos masturbadores, apenas si pasará de los toques en el clítoris, pero jamás hará intención de introducirse en la vagina el objeto más delgado. No es que tema romperse la membrana, no; teme, única y exclusivamente, el dolor que el acto puede producirle. Esta opinión mía, aparte de todo, ha sido fundamentada en las manifestaciones de muchas prostitutas que se masturbaron antes de la desfloración; y conste que, en este aspecto, no he conocido mujeres más sinceras.

Todo ese lastre de falsas referencias que la virgen lleva a la alcoba nupcial en la noche de la desfloración, crea en ella, en ese momento, una segunda naturaleza. Verdaderamente, desde que en su casa empezó a hablarse de la boda, la mayor obsesión de la muchacha estribó en ese punto cardinal, y por esto va al tálamo, por regla general, en la misma disposición de ánimo que si marchase al sacrificio. Insisto, pues, en afirmar, y cada vez estoy más persuadido de ello, que lo que hemos dado en llamar pudor de la virgen en la noche inolvidable, no es más que miedo a un dolor esencialmente físico. El pudor psíquico, si existe, creo que queda completamente anulado por la ansiedad de, después de todo, experimentar cuanto antes las consecuencias del acreditado martirio...

A pesar de todo lo dicho, de todo cuanto hemos opinado respecto al caso, no es mi ánimo negar importancia a esta equivocada predisposición de la virgen; tiene importancia, y no sólo mucha, sino hasta muy peligrosa, por el predominio, por encima de todo, de los componentes psíquicos. Ya hemos dicho que ésta es la resistencia

más difícil de vencer el amante cuando se dispone a desvirginizar a su amada.

No cabe duda que para los "himenólatras", para aquellos hombres que fundamentan el principio de su felicidad conyugal en la conciencia de haber roto el himen de su amante, estas creencias han de producirles el máximum de tranquilidad y de voluptuosidades. Algunos novios celosos, y que por ser capaces de todo creen a sus amadas situadas en un plano moral idéntico, son los principales propagadores de la brutal especie. Estiman que es un método casi infalible para que se erija en cancerbero del objeto de sus anhelos.

Si el hecho extrínseco de ser una tendencia encaminada a la guarda de la virginidad no llevase consigo esos peligros de índole anímica a que hemos hecho referencia, yo no titubearía en admitirlo e incluso aconsejarlo reiteradamente. Pero como estoy convencido de que las consecuencias son a veces demasiado tristes, estimo más humano y más moral haber dicho la verdad, o, al menos, lo que como tal considero.

Luego ya hemos visto en qué consiste una gran parte de ese prestigio tan acreditado del cruento dolor de la desfloración; pero puestos en el terreno anímico, estudiaremos cuáles son las consecuencias más frecuentes de una mala conducta, capaces de producir trastornos psíquicos en la desflorada.

Cuando los procedimientos empleados por el hombre responden al fundamental sentimiento de respeto que debe inspirarles su amada, o sea, cuando ha logrado vencer la resistencia anímica opuesta al acto por ella, el número de riesgos queda bastante atenuado, aunque ello no quiere decir que desaparezca por completo.

Una de las perturbaciones más graves y que más preocupan la atención del clínico, puesto que depende del sistema nervioso, es el *vaginismo*. Muchas mujeres quedan completamente inaptas para los placeres sexuales, al menos durante mucho tiempo, y casi siempre cuando la anomalía no se resuelve por sí misma, es necesario recurrir al cirujano.

Al referirnos a las diferentes estructuras de la membrana himen hemos visto que, por su forma y resistencia, no es común. Cuando el himen es facilforme o bilabiado, la tarea de la desfloración resulta sumamente fácil, hasta el punto de que no sólo falta la hemorragia, sino el dolor también. Pero si es *columnatus, cribiformis, microperforatus, imperforatus* o *carnosus*—por fortuna, los cinco muy raros—, entonces la ruptura se ofrece llena de dificultades, y lo más

prudente, a mi juicio, es recurrir a un médico de reconocida competencia ginecológica, quien mediante una sencilla incisión practicada con el bisturí dejará expedito el difícil camino.

Por lo común, cuando el hombre no se conduce con la prudencia necesaria, la mujer, por muy decidida que sea, y falta, por lo tanto, de esa imprescindible preparación psíquica, ofrece una resistencia instintiva a la penetración del miembro viril.

En estas tentativas brutales y estériles, el hombre, fuertemente excitado, no logra la desfloración al primer intento, por la razón sencilla de que al producirse la eyaculación el pene cede en turgencia y se torna flácido, y por consecuencia impotente para completar la obra hasta que sea posible una nueva y resistente erección.

De nuevo dispuesto para repetir el ataque, logra ahora destrozar el reducto de la virgen, que, desmayada a consecuencia del vivo dolor producido por los desgarros, o más frecuentemente por la decepción que causó en su ánimo la conducta del violador, no advierte que la hemorragia se ha producido.

El envite ha sido brutal. A más de la destrucción del himen, la separación violenta de las paredes de la vagina ha sucedido, sin que estuviesen convenientemente lubrificadas, ya que faltó, o fué estéril, el juego de excitación, tan necesario. El pene, en su trayectoria rectilínea e inconsciente, ha chocado con fuerza contra el hocico de tenca o porción vaginal del útero. Y el bruto, poseso de su furia sexual, prosigue los movimientos de frotación hasta saciar por completo todas las vehemencias de su instinto.

Este proceder indelicado y tristemente grosero ha traído sus consecuencias bien lamentables. En primer lugar, el desgarro himenal produjo los colgajos himenales, asiento de la hemorragia, muy abundante en tales casos la mayor parte de las veces. Pero a este desastre físico se asocia en seguida la perturbación nerviosa ocasionada por el miedo que sufrió la infeliz víctima, o sea el vaginismo.

Consiste en la contracción espasmódica, involuntaria, del esfínter de la vagina, o sea el haz de músculos anulares implantados alrededor de la entrada vaginal. El fenómeno se presenta con todas sus características de dolor, sacudida y contracción nerviosa ante el más leve roce practicado en los órganos genitales externos e internos, y especialmente en los colgajos o restos de la membrana, que es donde más comúnmente tiene su asiento la dolencia.

Va acompañado de una hiperestesia, o sea una sensibilidad extrema y dolorosa de la vulva y de la vagina, por lo que se consideran

dos vaginismos: uno *inferior* y otro *superior*, según que el músculo contracturado sea el constrictor de la vulva, que actúa en la extremidad del canal, o el elevador del ano, situado a tres o cuatro centímetros sobre el orificio vulvar.

La contracción de los músculos y la sensibilidad del aparato vulvar son los dos síntomas más comúnmente asociados, existiendo algunas veces aislados, o subsistiendo uno después de la desaparición del otro.

Las diferentes variedades de las manifestaciones morbosas tienen todas, como consecuencia esencial, impedir las aproximaciones sexuales. El menor roce en el orificio vulvar produce dolores, frecuentemente intolerables, raramente instantáneos, produciéndose los accidentes únicamente cuando se quiere introducir en las vías genitales un cuerpo cualquiera, aunque sea poco voluminoso.

Toda la región vulvovaginal puede estar dotada de este exceso de sensibilidad, incluso la región clitoridiana y más bien el glande, dada la cantidad de terminales nerviosos que en él se insertan.

Algunos tratadistas han atribuído las causas del vaginismo al temperamento, a las condiciones sociales y hasta a las higiénicas. Las mujeres anémicas—dicen—, delicadas, impresionables, y, sobre todo, de temperamento muy nervioso, están más expuestas a ser algún día las víctimas elegidas del vaginismo.

En cuanto a la culpabilidad del hombre, también existen diferencias de apreciación por parte de los investigadores. Según unos, el papel que desempeña el marido es muy mediano; según otros, no puede ser más importante. Unos lo achacan a debilidad del desflorador; otros lo atribuyen a su exceso de fogosidad, y, por tanto, a animalidad instintiva. Pero hay que establecer determinadas distinciones. El marido puede ser responsable por su debilidad, por sus actos incompletos e indecisos, que acaso puedan producir esa excitación propicia a un estado de nerviosismo que no tarda en producirse con toda su secuela de consecuencias peligrosas.

El doctor Galland ha pintado del modo siguiente la influencia perniciosa del marido: "Un marido joven, cuyo ardor se halla excitado ordinariamente por una continencia más o menos prolongada, apenas ha penetrado en el lecho conyugal ya se apresura, sin preámbulo alguno, a arribar a los fines del matrimonio; pero ha calculado muy mal su entusiasmo y el violento apagar de su fuego, antes de haber alcanzado el objeto deseado. Apenas ha tenido tiempo de llamar a su puerta de una manera torpe y brutal, como si hace tiempo no

pudiera contar con que se le franqueara fácilmente. Esto, en efecto, ha determinado un dolor, sin tiempo ni ocasión de procurar la sensación contraria, que debiera hacer gustoso. Cada nueva tentativa a que se entrega sucesivamente despierta ese dolor, que obliga a rechazarle, cada vez con más energía, y sus esfuerzos llegan a ser tanto más infructuosos, cuanto que su energía moral y hasta física pronto se siente aminorada por tan reiteradas defecciones."

El medio social sólo puede influir, repito, en el aspecto anteriormente señalado, o sea como principal elemento de la elaboración de esa mala predisposición de ánimo en que se encuentra la virgen en la noche de bodas.

El doctor Guéniot, que ha realizado detenidos estudios sobre el vaginismo, sostiene que es una causa de esterilidad; sin embargo, se observan a veces embarazos después de tentativas de coito puramente externas, sin introducción del pene. El horror que inspiran las relaciones sexuales, la preocupación de no poder satisfacer al marido, y, en resumen, el trastorno que produce el vaginismo en la vida conyugal, ocasionan a menudo en las mujeres que lo padecen un estado de obsesión, de enervamiento, un verdadero trastorno psíquico.

Generalmente, el tratamiento del vaginismo es de competencia del ginecólogo, pudiéndose recurrir de momento a la aplicación de pomadas analgésicas, a base de cocaína, estovaína o calmantes opiados, etc.

Otra consecuencia del torpe proceder del desflorador es la *vulvovaginitis traumática*, producida por el frotamiento del pene *en seco*, o sea sin lubrificación, en la vulva y en la cavidad vaginal.

Se caracteriza la vulvovaginitis por una sensación de escozor, prurito vulvar, rubicundez de la mucosa vulvovaginal y por un derrame abundante de flujo purulento blanco, amarillo o verdoso. La curación de esta dolencia molestísima no es cosa de días, puesto que si los genitales de la lesionada no están perfectamente limpios, el tratamiento puede durar años, e incluso adquirir el mal una cronicidad irremediable.

La metritis por balística, denominación gráfica de la lesión infectada que puede producir el pene, es una afección inflamatoria que tiene su asiento en el cuello del útero, significada por un desgarro más o menos profundo.

Sinceramente, aunque tales casos no se observan con demasiada frecuencia, tampoco puede decirse que sean desconocidos. Suelen

ser graves, más que por las consecuencias, por el hecho de empezar a manifestarse con un dolor más o menos fuerte, y del que no se cuida la paciente, pero que al cabo de algún tiempo vuelve a surgir convertido en los efectos de una metritis crónica.

En cuanto a la hemorragia, con ser lo más alarmante y en lo que el vulgo coincide en basar el volumen del dolor, repetiremos que es el accidente menos grave, ya que, por regla general, no tratándose de un himen abundantemente vascularizado, la sangre deja de afluir en cuanto se lava y tapona la herida y se guarda un reposo absoluto un par de horas por lo menos.

No obstante, hay una excepción que suele ser mortal. Una sobrina de un ginecólogo célebre, el doctor Waschmuth, de veinte años de edad, sucumbió la noche de su boda a consecuencia de la enorme hemorragia producida por la ruptura del himen. La desdichada padecía *hemofilia*, o sea una predisposición congénita y fatalmente hereditaria a las hemorragias espontáneas u originadas por pequeños traumatismos, cuyas lesiones son desproporcionadas a la abundante efusión de sangre que producen. En este caso, la desfloración sólo debe practicarse con un instrumento quirúrgico y por un médico de toda solvencia.

Otra de las causas de múltiples afecciones es la suciedad de los órganos genitales al suceder la desfloración. Tanto el hombre como la mujer, que por regla general descuidan el aseo íntimo durante toda su vida, no saben a lo que se exponen con esta conducta incalificable.

El doctor Naugebauer, ginecólogo alemán, habla de ciento cincuenta casos en que la mujeres fueron dañadas por una violenta intromisión del pene. El doctor Green refiere dos casos en que hubo ruptura de la vagina a causa del acto carnal, sin que hubiera pruebas de que había existido gran violencia. En ambos se trataba de dos recién desfloradas. Mylott, en la *Revista de Medicina Británica*, refirió un caso ocurrido en la primera noche del matrimonio, en que el esposo practicó el coito por el canal de la uretra en vez de utilizar el conducto natural.

Estos casos ocasionales de daños físicos o de condiciones patológicas producidas por un coito violento, dice Ellis, constituyen una pequeña proporción en las pruebas que pudieran aportarse para demostrar los malos efectos que resultan de la ignorancia y desconocimiento de las cuestiones sexuales.

El sexólogo alemán Fürbringer dice: "Estoy completamente seguro de que las jóvenes casadas que conservan un recuerdo doloroso de su primer acto carnal, exceden con mucho el número de aquellas que se han atrevido a consultar con un médico."

Otro tratadista inglés dice que una señora preguntó sucesivamente a seis mujeres casadas, y en particular, pero el mismo día, detalles acerca de su primera noche de matrimonio. Todas ellas habían recibido una sorpresa dolorosa; dos de ellas, al casarse, ignoraban cuanto se refería a estas materias; las restantes creían saber en lo que consistía el coito, pero, de todos modos, el acto les produjo gran impresión. Estas mujeres pertenecían a la clase media, de una inteligencia nada común; una de ellas tenía terminada la carrera de Medicina.

Breuer y Freud, en su *Studien über Hysterie*, han demostrado que la noche de novios es generalmente una verdadera violación, y que conduce a veces al histerismo, condición que no se logra curar hasta que se establecen las relaciones sexuales de un modo satisfactorio.

Aun cuando no hay violencia, Kisch opina que el coito inexperto y poco hábil, que deja a la mujer excitada y no satisfecha, es la causa principal de la dispauremia o carencia de satisfacción sexual, si bien una gran desproporción de tamaño en los órganos del hombre o la mujer, así como la enfermedad de uno u otro, puede producir también el mismo estado.

Kisch dice también que las desfloraciones de la noche de novios constituyen muchas veces una violación. Habla de una joven desposada, conocida suya, que ignoraba hasta tal punto todo lo que a la parte física del matrimonio se refería, que la primera vez que su marido la buscó como esposa huyó de la casa a altas horas de la noche, y no hubo medio de hacerla volver.

También opina el mismo autor que los viajes de bodas no son convenientes, pues el cansancio, la excitación, las horas de ferrocarril, la falsa modestia y la incomodidad o la falta de costumbre de los hospedajes, son circunstacias coincidentes todas para impresionar el ánimo de la desposada, produciendo en ella los gérmenes de graves enfermedades. Esto sucede, indiscutiblemente, con más frecuencia de lo que se supone.

Adler habla también acerca de la enorme importancia psíquica que tiene el que el acto de la desfloración se efectúe como es debido; opina que el no hacerlo de un modo conveniente es causa frecuentísima de anestesia sexual perpetua. "Ese momento en que la individualidad del hombre impone, lográndolo por primera vez, los derechos

que le corresponden, decide muchas veces de la felicidad o la infelicidad de la vida conyugal. El marido poco hábil y excesivamente excitado puede, en un momento, sembrar en el corazón de su mujer la semilla de la insensibilidad, que luego, a fuerza de indelicadezas y groserías, acaba por convertirse en anestesia permanente. El hombre que logra sus derechos por la fuerza bruta, sólo consigue asustar y lastimar a su mujer, y cada nueva repetición del acto aumentará la repulsión que hacia él sienta la desdichada..."

"Una gran proporción de las mujeres—añade—son víctimas de los hombres, de su poca destreza o de su brutalidad para con esa flor delicada y tierna, que debiera ser cuidada con esmero y amor, y que, por la ignorancia o la bestialidad del hombre, se ve privada del esplendor que debiera acompañar a su desarrollo. La mujer tímida y delicada conserva toda la vida el recuerdo de su tortura en la noche de novios, y muchas veces este recuerdo es causa de que la pobre se niegue a su marido cada vez que éste busca en ella la satisfacción de sus deseos sin adaptarse al anhelo de amor que sufre su mujer."

Diderot, en su estudio *Las mujeres,* dice: "Yo he visto temblar de miedo a una mujer honrada cada vez que su marido la buscaba. La he visto sumergirse luego en un baño, como si temiera no verse libre nunca de la mancha que sobre ella dejaba el cumplimiento de sus deberes conyugales."

Podríamos transcribir centenares de opiniones de los fisiólogos más célebres respecto de este punto fundamental de las relaciones sexuales, y siempre llegaríamos a la misma conclusión: que el hombre, y sólo el hombre, es el causante de tales desventuras. A veces, el desamor, la desilusión, el odio y el adulterio son los frutos que recoge quien tales semillas siembra. Luego si analizamos la mala técnica de la desfloración desde el punto de vista de su papel social, veremos que muchos dramas conyugales, muchas tragedias íntimas y no pocos crímenes empezaron a fraguarse en las primeras jornadas del comercio carnal, sin que el marido, siempre el más ignorante, advirtiese el peligro que como una nube empezaba a cernirse sobre esa felicidad que tan torpe y precipitadamente quiso alcanzar, sin tener a ella el más elemental de los derechos.

Tales son, pues, a grandes rasgos expuestas, las consecuencias de la falta de técnica por parte del amante.

La desproporción entre los órganos masculino y femenino constituye un motivo de accidentes idénticos. Ahora bien: mientras tales

desproporciones no entren de lleno en el campo de lo anormal, de lo que nos ocuparemos en el correspondiente volumen, la atenuación de tales defectos o excesos es siempre aconsejada por el buen sentido y por el lógico anhelo de concurrir, en todos los órdenes, en la armonía perfecta.

Analicemos ahora los resultados de esa desacertada conduca en la psique de la mujer, para comprender mejor la importancia moral y social de la cuestión.

EL TRAUMATISMO PSIQUICO

El mejor consejero, el médico.—Peligros del abandono o de la falsa moral.—El terror y la alegría. El sueño y la realidad.—Las predispuestas.—Los matrimonios de conveniencia.—Placeres extraconyugales.—El histerismo.—Antipatía por el coito. Un caso.—Origen de las perturbaciones.—Su significación sexual.—Falta de educación.

El proceder desacertado o brutal del amante ya hemos visto que puede producir en el organismo de la mujer ciertos trastornos puramente físicos que, más tarde o más temprano, es fácil que desaparezcan, gracias a la intervención noble y desinteresada del médico, ya que es el primero en compadecerse de las víctimas inocentes que acuden a él, viéndose obligadas, con conceptos más o menos velados, a revelar al hombre de ciencia las pruebas de la lujuria o la incomprensión de su esposo o de su amante.

Una terapia inteligente y la ciega obediencia a las prescripciones facultativas, siempre leales y atinadas, puesto que por desgracia la experiencia es larga, es suficiente para remediar el mal casi en su iniciación, siempre que tan pronto como sea advertido, se acuda a reclamar el auxilio del médico.

Muchas veces por pereza, por abandono y, las más, también por un prurito inconcebible de vergüenza en gracia a una interpretación equívoca y brutal de la moralidad (?), la mujer silencia cuanto la ha ocurrido, y bien pronto deja de conceder importancia a unos dolores sordos, unos escozores leves, una inflamación ligera o un flujo imperceptible, etc., cuales son los síntomas típicos de los desarreglos que más tarde van a erigirse en su organismo con el prestigio amargo de una verdadera enfermedad, a veces, infortunadamente, larga o incurable.

Pero es que los daños de índole anímica, el traumatismo psíquico, dicho en términos técnicos, y, vulgarizando la expresión, el golpe

en el alma, en el espíritu o en el sentimiento, son bastante más graves y de consecuencias infinitamente más tristes también.

No es posible en una obra de esta naturaleza referirnos al traumatismo psíquico en los términos de una técnica ni siquiera elemental, porque resultaría enojoso para el lector, ni tampoco es posible tratarlo con una extensión desproporcionada al tema que nos ocupa, aunque desde luego intentaremos amoldar su estudio a la percepción más sencilla admisible.

Dicho traumatismo es, ni más ni menos, una impresión variable en intensidad, de la cual dependerán sus resultados.

Todos sabemos que un susto, por ejemplo, ha sido motivo suficiente para que una persona enloquezca: tal es una muestra del traumatismo psíquico y una de sus consecuencias. Casi siempre, la conmoción equivale en el ánimo de la persona afectada a una forma del miedo, del terror pánico. Otras emociones diametralmente opuestas en su significado, como, por ejemplo, una buena noticia inesperada, un premio de la lotería, volver a encontrarse ante un ser querido al que no se creyó ver más, en resumen, un contraste rudo y violento con la situación acostumbrada, etc., dan lugar a una reacción brusca del sistema nervioso, tan brusca a veces, que la impresión se traduce en un transtorno grave.

Todas las emociones son perniciosas, tanto más cuanto más fuerte es su intensidad o más insospechado es el móvil que las produce.

Supongamos, en este caso particular, a una joven intensamente enamorada del que ya es su marido o va a ser su amante carnal. Todo el noviazgo, toda la época de relaciones anteriores al momento de máxima intimidad, llenaron por entero los anhelos espirituales de la enamorada, hasta el extremo de hacer del hombre no sólo su objeto más adorado, sino hasta su semidiós digno de todos los sacrificios, de todos los homenajes.

El, por su parte, en virtud de su conducta correctísima, de su comportamiento prudente, o, al menos, perfectamente encajado en la espiritualidad de su amada, se hizo digno acreedor de ese concepto inmutable. Pero llega la hora crítica. Ella demuestra más temor que arrojo. El, al verse con el último obstáculo social completamente anulado, pierde la serenidad que presidió en sus actos anteriores y deja llevarse de las garras del instinto o del impulso. Y, entonces, en un instante, ella abrirá los ojos desmesuradamente, posesa de un verdadero terror, originado, primero, por un agudo dolor físico, y después, aquel ídolo correcto y elegante, que ahora demuestra una

animalidad ni remotamente imaginada, se desmoronará por su base, cosvirtiéndose todo el idealismo de otras horas en la brutalidad crudelísima del instante.

He aquí el golpetazo asestado en las fibras más íntimas del alma; he ahí el colmo de una desilución; he ahí el traumatismo psíquico.

No siempre es necesario un traumatismo demasiado violento para que el trastorno nervioso se manifieste. A veces, una pequeña contrariedad o la no satisfacción de un capricho pueden producir idénticos defectos en una mujer impresionable, cuyo ánimo esté predispuesto en virtud de ciertas tachas de origen neuropático. El vaginismo ya hemos visto que consiste, principalmente, tanto en un dolor físico como en una consecuencia anímica fundamentada en ese dolor; pero también el vaginismo, o sea la contracción espasmódica de los músculos vestibulares, puede presentarse sin necesidad de la más leve lesión anatómica en los órganos genitales de la mujer.

Este caso concreto no suele darse con frecuencia, y sólo ocurre en aquellas mujeres que van al matrimonio, no digamos ya preparadas para la realización material del acto, sino completamente ausentes de los móviles entusiastas en que debe basarse toda aproximación carnal: el amor. En los matrimonios "de conveniencia" es donde se encuentra el mayor porcentaje de víctimas, si bien la enfermedad, o, mejor dicho, el trastorno, sólo subsiste en las relaciones carnales mantenidas con el desflorador. Un amante elegido a satisfacción por la mujer, llena siempre las aspiraciones eróticas de ésta a plena satisfacción y sin que ocurra el menor accidente.

Este es un caso de frigidez conyugal o dispareunia acentuada, si es que puede admitirse la denominación.

El doctor Mackencie dice que la pesadez de espíritu, la frecuencia de las cópulas venales y otras circunstancias hacen inepto al hombre para procurar a la mujer una dicha continua. La mujer, para amar, necesita sentirse comprendida; faltándola esto, buscará aparte, en otro lecho, lo que falta en el suyo.

Muy justamente se ha hecho notar que la mujer que toma un amante no pretende tomar un marido, sino procurarse los refinamientos y condimentos del amor que su marido ignora o le rehusa, sea voluntaria, sea involuntariamente.

La superiosidad del hombre sobre la mujer consiste en estar dotado de un don especial que le permite presentir, en el primer contacto, por dónde ella quiere ser tomada. Hay una coquetería de sentimientos, un lujo de ternura, que la mujer desea y espera en la

unión sexual. Esto supone que el hombre debe ser al mismo tiempo un ser reflexivo perfectamente consciente de su misión tan delicada. Hay hombres de virilidad mediocre que contrarrestan este defecto con los recursos de una gran riqueza imaginativa.

Honorato de Balzac, el célebre filosofo, ha dicho: "No empecéis nunca un matrimonio con una violación". Hemos visto que la felicidad conyugal depende de las circunstancias que concurren en la iniciación de la desposada. No es suficiente para que un marido posea a su mujer que ésta se haya dejado brutalizar por él en la noche de bodas. Esta misma brutalidad podría valer, si las relaciones de ambos esposos hubieran sido íntimas antes del casamiento, para inspirarles el deseo de revelación carnal. Pero no hay que creer que el arranque inicial, improvisación carnal del amor, pueda inflamar a la mujer y hacerla presentir la inmensidad de las futuras voluptuosidades.

Otro trastorno frecuente, consecuencia del traumatismo psíquico, es el histerismo. Puede suceder que tal desarreglo nervioso existiese antes de la desfloración; pero los resultados de esa mala técnica se traducen, a la larga, en una agravación de la dolencia, que puede llevar a la enferma hasta los límites de la demencia. Estas histéricas, durante el período de actividad sexual, buscan, mucho más que el acto genital, que a veces sólo toleran, el cuidado y las atenciones delicadas de los hombres; pero mal orientadas en la cuestión sexual, no pueden prescindir de un sentimiento de repugnancia grosera asociado con el más leve contacto de naturaleza sexual. Es tan equivocado el concepto que estas criaturas tienen del amor, que el platonismo constituye la única manifestación externa del instinto genésico. Muchos matrimonios que comenzaron bajo los auspicios más felices —siendo la novia tanto más apta a creer en que ama a su novio cuanto que su sugestionabilidad se halla exaltada, quizá a expensas de los sentidos—, se convierten en infieles. El acto sexual tiene para la mujer histérica más de una desilusión; no acierta a comprenderlo; le inspira una invencible repugnancia.

Generalmente esta antipatía por el coito se explica por la mediocridad de las emociones eróticas que experimenta, y la decepción del primer contacto, que por muchas razones nunca puede ser pródigo en deleites, se extiende a todas sus ideas a este respecto, por lo que resulta que siempre que su marido la solicita accede de mala gana y con evidente disgusto a ejecutar un acto que, lejos de complacerla, la excita aún más en un aspecto completamente psíquico, en el que al marido resulta imposible dar satisfacción, puesto que el erotismo

la desgraciada es más del alma que de los sentidos. En este caso, marido no puede ser culpable de un trastorno que, inconscientemente, no ha conseguido otra cosa que acentuar.

Esta clase de histeria tiene muy rara vez remedio empleando los cursos de la sexualidad en cualquiera de sus manifestaciones. El de Santa Teresa de Jesús es un ejemplo típico de mala orientación sexual.

Este tipo de frialdad amorosa en la mujer es más frecuente de lo se supone, al menos en las artificiales circunstancias en que se envuelve la vida actual, circunstancia que nos obliga a considerar estas mujeres como perfectamente sanas y normales.

Por otra parte, psicoanalistas tan célebres como Breuer y Freud sten en las bellas cualidades de mentalidad y de carácter que se cuentran con frecuencia en las histéricas, diciendo que esta clase enfermas es "una de las flores de la Humanidad", y aluden a ellas cualidades de genio imaginativo, combinado con la energía ctica, que caracterizaban a Santa Teresa de Jesús, "la Santa rona de las histéricas".

Como agente provocador de la histeria ha habido siempre una dencia, a mi juicio bien orientada, de atribuirlo a emociones de den sexual. Los citados psicoanalistas vieneses han descubierto que análisis psíquico cuidadoso revela, con frecuencia, que el choque un "temor" ordinario tiene su raíz en una lesión de las emociones uales. Dice Havelock Ellis que un ejemplo típico y muy sencillo ministra un caso citada por Breuer, en el cual una joven de diete años tuvo su primer ataque histérico a consecuencia de haber do un gato sobre sus hombros cuando bajaba una escalera.

Un examen cuidadoso del caso demostró que esta joven había objeto de ciertas calurosas atenciones por parte de un joven s proposiciones había rechazado, aun cuando despertaron sus proemociones sexuales. Pocos días antes había sido sorprendida por joven, en aquella misma oscura escalera, y había escapado a la za de sus manos. Allí estaba el verdadero traumatismo psíquico, os efectos no hicieron más que manifestarse en la escena del .

Como en este caso, puede hallarse la explicación en muchos otros os que la lesión psíquica existía desde mucho tiempo antes, manifestándose los trastornos ante la presencia de un caso semejante o parecido, pero casi siempre de naturaleza sexual.

En todos los casos investigados por los citados sabios hallaron

éstos alguna lesión secreta parecida de la esfera psíquica sexual. En un caso, una institutriz, cuya conducta había sido extremadamente correcta, se ve impulsada, a pesar suyo y sin estímulo alguno, a experimentar por el padre de los niños que tiene a su cuidado un afecto que ella misma se niega a confesarse a sí propia; en otro caso, una joven se encuentra enamorada de su cuñado; en otro, una muchacha inocente descubre de pronto a su tío cohabitando con su compañera de juego, y un muchacho se ve expuesto a las crudas proposiciones de un invertido sexual.

En casi todos estos casos, como Freud tuvo razones para creer, la lesión primaria de las emociones sexuales data del período de la pubertad, y con frecuencia de la niñez, y en casi todos ellos la naturaleza intima de la lesión hace que permanezca cuidadosamente oculta, hasta el punto de no ser reconocida por el sujeto de ella.

Ciertamente que las necesidades sexuales de las histéricas no son tan individuales y tan diversas en intensidad como las de una persona sana; pero sufren la consecuencia de ellas, y, en gran parte, sufren precisamente por la lucha que sostienen con ellas, por el esfuerzo que hacen para prescindir de la sexualidad. (Breuer.)

Freud, en su obra *Sammlung*, dice que el hecho más importante con que tropezamos, al practicar un estudio concienzudo analítico, es éste: sean cualesquiera los aspectos y los síntomas que se tomen como punto de partida, siempre llegamos infaliblemente a la región de la vida sexual. Allí, ante todo, se revela un estado etiológico de las fases histéricas... En el fondo de todos los casos de histeria—y susceptible de reproducirse por medio de un esfuerzo analítico, aun después de un intervalo de muchos años—, pueden hallarse uno o más hechos de significación fuertemente sexual, que pertenecen a la primera juventud.

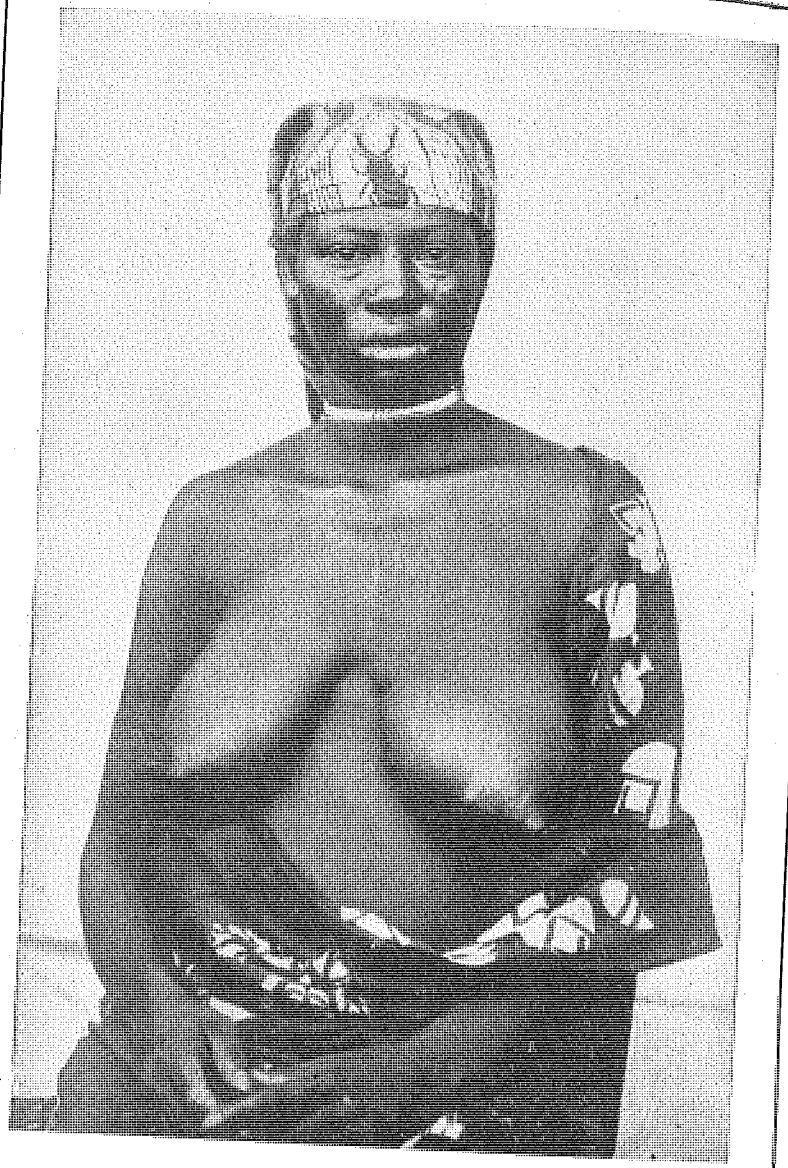
Por regla general, no es que una falta de tacto en la desfloración produzca, por sí misma, un estado histérico; pero que el morbo de la histeria, ya existente aunque sin manifestarse de una forma ostensible, es casi seguro que surja violentamente a partir de la primera noche de bodas, es un hecho comprobado por numerosos investigadores.

También es posible—yo, al menos, lo admito sin reservas—que el traumatismo psíquico sufrido por la mujer la primera noche no sea advertido, ni por ella misma, en mucho tiempo. Pero después de un plazo más o menos largo, y con seguridad con motivo de un embarazo, la histeria se presenta en sus formas múltiples o en cualquiera



Esta bellísima muchacha marroquí no revela en su sonrisa, dulce y casta, ninguna preocupación ante la exhibición de sus más interesantes encantos.

LAMINA VII



MUJER DEL ALTO NILO
Su misión principal en la tribu consiste en iniciar a las jóvenes casaderas en los misterios de la vida sexual.

LAMINA VIII

de ellas con su sintomatología típica para que el médico sepa con quién ha de habérselas.

Yo quisiera llevar al ánimo de nuestros lectores este convencimiento mío. Fuera del terreno médico especial de estos estudios sexuales es difícil inculcar en el ánimo de los profanos que tan pequeñas causas puedan traducirse en tan lamentables efectos. Estoy fran-camente persuadido de que si los hombres concediesen a dichos estudios una atención elemental siquiera, el aspecto de la sociedad sería muy otro con relación a su expresión etiestética.

No es moral, no es lícito ni es humano siquiera ocuparse de la cuestión sexual desde el punto de vista exclusivo de la erótica, del materialismo sucio y grosero. Los resultados de esta táctica perniciosa se reflejan con tonos siniestros y crueles en las estadísticas de los sifilicomios, hospitales, cárceles y cementerios, y, al final, en la sociedad entera. Y lo más triste es que el mal se nos presenta con unos caracteres de "latinidad", por decirlo así, demasiado acentuados para que los Gobiernos permanezcan de brazos cruzados. Y, no obstante, así sucede sin que los remedios, tan fáciles y eficaces, surjan por ninguna parte.

Mientras tanto, se intenta atajar el mal incrementando las instituciones de Puericultura, cuya eficiencia, pese a la abnegación y el sacrificio de quienes las orientan, ha de resultar sino nula, lamentablemente escasa...

LA FRIGIDEZ FEMENINA

El chino del Panteón.—Origen de la frigidez sexual.—Aprendizaje del amor carnal.—El egoísmo masculino.—El amor-amistad.—No existe el casado virgen.—Los vicios sexuales de los degenerados.—Tímidos y violentos.—Indiferencia del hombre.—La violación legal.—Dispareunia. Consecuencia.

Hemos de convenir en que uno de los motivos fundamentales de la frialdad sexual de la mujer—aparte de las taras neuropáticas primordiales o desórdenes del aparato genital, ya sean congénitos o adquiridos—radica en la primera noche de bodas como consecuencia de una conducta torpe por parte del amante.

Repetimos que esa frialdad puede tener su principal objeto provocador en el marido, aunque otro hombre cualquiera, el que menos se pueda pensar, es capaz de procurar a la desengañada los máximos deleites venéreos. El célebre novelista francés Paúl Bourget refiere, en un plano espiritual, el caso de un chino, hombre de formas casi monstruosas, que habitaba en la plaza del Panteón, en París, quien para encontrar una amante no necesitaba más que subir a un ómnibus. Y dice: "No tenía necesidad de mantener correspondencia; no llegaba nunca al final de un recorrido sin que prendiera alguna curiosa ávida de conocerle íntimamente."

En los éxitos donjuanescos del chino de referencia es fácil que entrase en mucho lo morboso por parte de sus admiradoras. Pero prescindiendo de estos casos verdaderamente excepcionales, sin necesidad de ningún atractivo tan intensamente exótico, hay mujeres que encuentran en otros hombres bastante inferiores a sus maridos encantos y atractivos dignos de sacrificarles una parte de la propia estimación y otra parte de una sexualidad perfectamente orientada.

El célebre sexólogo doctor W. Mackencie ha realizado muy profundas investigaciones en este aspecto de la Sesología, ateniéndose, preferentemente, a los hechos normales, o si no normales en su sen-

tido puro, al menos catalogados en la sociedad como regularmente admisibles, y sin que sus actores merezcan una patente expedida por un medico, de cuyo campo, el vulgo, estima que escapan sin necesidad de muy duras sanciones. En el fondo, como ya he dicho, no tiene nada de extraño que resida, latente o manifiesto, el poso cierto del histerismo, causado o revelado por las primeras emociones sexuales de la primera jornada carnal.

Su libro sobre la frialdad femenina, editado en alemán, *Konträre Sexualempfindung,* contiene observaciones curiosísimas que fueron ampliamente divulgadas en un volumen a precios popularísimos, alcanzando una tirada de varios cientos de miles de ejemplares. Naturalmente huye de la terminología y de la ampulosidad científica para colocarse en un plano de sencillísima exposición temática.

Estudia la cuestión desde el principio, analizando las diversas fases de la repulsión sexual sin omitir los recursos de la casuística que enriquecen notablemente el citado libro.

Acerca de la diferencia que existe entre los estados célibe y matrimonial, dice que el hombre que se casa conoce ya a la mujer y sabe toda la dicha que ésta es susceptible de dar y procurar. La mujer, por el contrario, en el momento del matrimonio es, con raras execpeciones, inexperta en las voluptuosidades que se pueden esperar de la unión sexual. No estamos aún en esta etapa de la civilización en la que, como deseaban algunos contemporáneos, la mujer, como el hombre, pueda probar *el dulce* antes de carsarse.

Sin discuir el valor de las utopías ultrafemeninas que pretenden justificar para la mujer la oportunidad de un aprendizaje sexual tan libre como el del hombre, hay que reconocer que si la mujer permanece algunas veces relativa o completamente indiferente desde el punto de vista carnal, esto depende de que la iniciación de los sentidos fué mal emprendida o insuficiente. Cuando se piensa en lo que son la generalidad de las educadoras de maridos, uno se asombra de ver el desacuerdo sexual o dispareunia que existe en un gran número de matrimonios.

El hombre aprendió el amor en brazos de mujeres venales cuyo arte le satisfizo por de pronto, hasta el punto de representar el amor honesto como algo fastidioso y monótono. Estos amores de solteros, aduladores para el egoísmo masculino, mantienen en el hombre el desdén por el matrimonio, no solamente porque éste es una esclavitud, sino porque supone la inauguración de una unión sin atractivo.

Así, pues, el hombre se casa a menudo sin entusiasmo, es decir,

sin ningún gusto por su misión de iniciador, sin representarse que una esposa virgen no puede llegar a convertirse en una querida servil.

La vida de soltero da al hombre una especie de confianza en sí para todo cuanto se relaciona con las cosas del amor. Esta confianza no es más que el resultado de las costumbres adquiridas, y, por desgracia, la costumbre que embota la sensibilidad es funesta, tanto para la frescura de los sentimientos como para la juventud del espíritu.

La joven, con el alma llena de ilusiones, que al casarse cuenta con un compañero delicado, poético y servicial, se desencanta pronto cuando las caricias algo forzadas del marido descubren un saborcillo de las aventuras que amargan a su felicidad futura.

Los órganos genitales del hombre ofrecen la particularidad de ser exteriores, disposición enteramente contraria a la de los órganos de la mujer. Todo, por consiguiente, muestra que estos órganos están destinados a jugar un papel activo, y esta disposición influye en la vida entera del hombre.

Este es esencialmente el *macho.* Por mucho que se eduque su espíritu y se afine su inteligencia sobre el amor físico, será siempre lo que un atavismo bestial le hizo. Lo cual explica por qué el hombre, haga lo que haga, no podrá nunca amar idealmente sin que un pensamiento de lujuria se mezcle a su amor.

Unicamente—prosigue Mackencie—los castrados, los impotentes, podrán parecer capaces de semejante afecto, y todavía es posible suponer que, a pesar de la falta completa de manifestaciones eróticas, sientan sacudir su cuerpo con un estremecimiento de placer.

Muchos son los intelectuales que han considerado la posibilidad de un afecto puro, exento de todo deseo, entre un hombre y una mujer; las conclusiones son diversas y muchas utópicas. No se pueden desconocer las leyes imprescriptibles de la Fisiología.

Ciertamente, dos seres de sexo diferente podrán encontrar en su mutuo trato una satisfacción muy grande: sus espíritus simpatizarán; su mentalidad y su intelectualidad se mostrarán las mismas y podrá unirles una afinidad muy grande. Pero todo esto no será posible sino cuando estos dos seres vivan juntos, que se encuentren de vez en cuando, en visita, donde los amigos, donde quiera que pueda nacer la ocasión. Aún cabe suponer que uno y otro, sobre todo el hombre, pueda encontrar aparte un desahogo necesario.

Pero si admitimos todo esto viviendo en común, ¿cuánto tiempo durará semejante unión? Si la mujer es hermosa, y suponiendo que no sea coqueta, no tardará en despertar en el espíritu del hombre

tido puro, al menos catalogados en la sociedad como regularmente admisibles, y sin que sus actores merezcan una patente expedida por un medico, de cuyo campo, el vulgo, estima que escapan sin necesidad de muy duras sanciones. En el rondo, como ya he dicho, no tiene nada de extraño que resida, latente o manifiesto, el poso cierto del histerismo, causado o revelado por las primeras emociones sexuales de la primera jornada carnal.

Su libro sobre la frialdad femenina, editado en alemán, *Konträre Sexualempfindung,* contiene observaciones curiosísimas que fueron ampliamente divulgadas en un volumen a precios popularísimos, alcanzando una tirada de varios cientos de miles de ejemplares. Naturalmente huye de la terminología y de la ampulosidad científica para colocarse en un plano de sencillísima exposición temática.

Estudia la cuestión desde el principio, analizando las diversas fases de la repulsión sexual sin omitir los recursos de la casuística que enriquecen notablemente el citado libro.

Acerca de la diferencia que existe entre los estados célibe y matrimonial, dice que el hombre que se casa conoce ya a la mujer y sabe toda la dicha que ésta es susceptible de dar y procurar. La mujer, por el contrario, en el momento del matrimonio es, con raras execpeciones, inexperta en las voluptuosidades que se pueden esperar de la unión sexual. No estamos aún en esta etapa de la civilización en la que, como deseaban algunos contemporáneos, la mujer, como el hombre, pueda probar *el dulce* antes de carsarse.

Sin discuir el valor de las utopías ultrafemeninas que pretenden justificar para la mujer la oportunidad de un aprendizaje sexual tan libre como el del hombre, hay que reconocer que si la mujer permanece algunas veces relativa o completamente indiferente desde el punto de vista carnal, esto depende de que la iniciación de los sentidos fué mal emprendida o insuficiente. Cuando se piensa en lo que son la generalidad de las educadoras de maridos, uno se asombra de ver el desacuerdo sexual o dispareunia que existe en un gran número de matrimonios.

El hombre aprendió el amor en brazos de mujeres venales cuyo arte le satisfizo por de pronto, hasta el punto de representar el amor honesto como algo fastidioso y monótono. Estos amores de solteros, aduladores para el egoísmo masculino, mantienen en el hombre el desdén por el matrimonio, no solamente porque éste es una esclavitud, sino porque supone la inauguración de una unión sin atractivo.

Así, pues, el hombre se casa a menudo sin entusiasmo, es decir,

sin ningún gusto por su misión de iniciador, sin representarse que una esposa virgen no puede llegar a convertirse en una querida servil.

La vida de soltero da al hombre una especie de confianza en sí para todo cuanto se relaciona con las cosas del amor. Esta confianza no es más que el resultado de las costumbres adquiridas, y, por desgracia, la costumbre que embota la sensibilidad es funesta, tanto para la frescura de los sentimientos como para la juventud del espíritu.

La joven, con el alma llena de ilusiones, que al casarse cuenta con un compañero delicado, poético y servicial, se desencanta pronto cuando las caricias algo forzadas del marido descubren un saborcillo de las aventuras que amargan a su felicidad futura.

Los órganos genitales del hombre ofrecen la particularidad de ser exteriores, disposición enteramente contraria a la de los órganos de la mujer. Todo, por consiguiente, muestra que estos órganos están destinados a jugar un papel activo, y esta disposición influye en la vida entera del hombre.

Este es esencialmente el *macho.* Por mucho que se eduque su espíritu y se afine su inteligencia sobre el amor físico, será siempre lo que un atavismo bestial le hizo. Lo cual explica por qué el hombre, haga lo que haga, no podrá nunca amar idealmente sin que un pensamiento de lujuria se mezcle a su amor.

Unicamente—prosigue Mackencie—los castrados, los impotentes, podrán parecer capaces de semejante afecto, y todavía es posible suponer que, a pesar de la falta completa de manifestaciones eróticas, sientan sacudir su cuerpo con un estremecimiento de placer.

Muchos son los intelectuales que han considerado la posibilidad de un afecto puro, exento de todo deseo, entre un hombre y una mujer; las conclusiones son diversas y muchas utópicas. No se pueden desconocer las leyes imprescriptibles de la Fisiología.

Ciertamente, dos seres de sexo diferente podrán encontrar en su mutuo trato una satisfacción muy grande: sus espíritus simpatizarán; su mentalidad y su intelectualidad se mostrarán las mismas y podrá unirles una afinidad muy grande. Pero todo esto no será posible sino cuando estos dos seres vivan juntos, que se encuentren de vez en cuando, en visita, donde los amigos, donde quiera que pueda nacer la ocasión. Aún cabe suponer que uno y otro, sobre todo el hombre, pueda encontrar aparte un desahogo necesario.

Pero si admitimos todo esto viviendo en común, ¿cuánto tiempo durará semejante unión? Si la mujer es hermosa, y suponiendo que no sea coqueta, no tardará en despertar en el espíritu del hombre

un deseo de conquista y de posesión. No puede ser de otro modo; el hombre, por su naturaleza, tiene necesidad de goce físico. Sus sentidos reclaman un desahogo que no se le puede rehusar, sin peligro moral.

El único beneficio, a este respecto, de nuestra civilización ha sido desarrollar la voluntad del hombre para resistir el transporte de su instinto, siendo menester que esta voluntad, para ejercerse útilmente, evolucione en condiciones particulares. En el momento del matrimonio, cuando el hombre obtiene legalmente la mujer amada, no tiene siempre la suficiente energía para resistir la tentación de coger en el acto la flor que tiene a su alcance. Casi siempre llega a la posesión brutal instigado por más o menos caricias, pero sorprende en pleno desarrollo un cuerpo maleable, como de cera, incompletamente contento.

Si miramos a las clases inferiores ineducadas, en las que la voluntad carece de expresiones elegantes, ¿qué diferencia encontraríamos entre la noche de boda y la violación sangrienta que un sádico comete en una doncella? La diferencia es muy pequeña, siendo sólo cuestión de calificativos.

Todo esto demuestra que el hombre no se librará nunca del instinto atávico que le gobierna. Es el juguete inconsciente de la Naturaleza, y cuando la bestia habla en él está pronto a desaparecer el ser racional y consciente de sus actos.

Seguimos copiando al citado sexólogo: El casado virgen; o, como se dice, *mascota,* es un mito en nuestra época. El hombre cuando va a casarse es generalmente tributario de costumbres sexuales contraídas en su vida de soltero. Según sus amistades y su temperamento, habrá deformado el amor más o menos. De una cosa natural e instintiva habrá hecho una práctica enfermiza y viscosa. Resultará de ahí, para la virgen que caiga en sus brazos, asombro y disgusto.

Hombres hay que sienten una marcada predilección por la masturbación; nada les dice al acto carnal. También, en el primer encuentro, acostumbrarán a la mujer o la querida a esta práctica deprimente y egoísta que les procura el máximum de satisfacción.

Otros no experimentan goce completo sino cuando la mujer les procura las dulzuras de una masturbación refinada, prostituyendo las caricias de su boca sobre el órgano sexual. Fuera de esto, ningún placer. Los hay también que no quedan satisfechos más que devolviendo este favor *lingual* a la mujer.

Algunos practican por principio la pederastia, es decir, el conjunto

de prácticas de voluptuosidad superficiales y que no llevan consigo la eyaculación del semen en la vagina. Tratan de justificar esta conducta para no tener hijos. En realidad, es para gozar de su infame vicio. Otros preferirán ser azotados o apaleados. Los hay que en el momento del coito preferirán palabras sucias, con el único objeto de excitarse. También quien gusta morder en la carne de la mujer. Se ha visto quien goza pinchando con alfileres en el brazo o en los pechos de una mujer, o bien viendo un cuerpo untado de aceite, o haciendo poner a la mujer medias blancas, que enceran luego, o cortan el cabello o el vestido o derraman en la ropa líquidos carrosivos.

Finalmente—sigue diciendo—hay los amadores de sangre o *sanguinarios,* o sea, que no pueden cohabitar sino durante las reglas, aunque ocasionen heridas a la mujer, hasta hacerle derramar sangre.

Una joven que comerciaba con su cuerpo refiere que un día encontró en un paseo a un hombre de edad que la llevó a su casa. Aquí la advirtió que, viera lo que viera, no se asombrara y tuviera miedo. La hizo desnudar, y, echándola sobre la cama, la pintó en el cuello, con carmín, una llaga que parecía abierta. Tomando entonces una navaja de afeitar, por la parte que no cortaba, la pasó por el cuello de la mujer, y acabó por experimentar un espasmo erótico. La despidió inmediatamente después de esto y la dió cincuenta francos.

Se ha epilogado mucho sobre ciertas anomalías aparentes a que dan lugar los ayuntamientos amorosos. Todo esto equivale a que "los hombres no son nunca buenos jueces de las cualidades por las que otro hombre gusta o no a las mujeres".

El tímido y el violento están mal dispuestos a aprovechar o a hacer aprovechar a su esposa de su dicha conyugal. Hay muchos hombres de los que las mujeres dicen ser engañadas, cuando creían haber encontrado en ellos su ideal. ¿Quiénes son éstos?

Primero, los ingenuos, los que no se molestan en averiguar de qué modo el hombre da gusto a la mujer. Se entregan sin efusión al impulso banal de la Naturaleza, a los actos sexuales, con la única preocupación de experimentar solos un espasmo vigoroso. Después del espasmo se adormece su sensibilidad animal, sin que ningún recuerdo ni impresión refinada de la unión genital les anime hasta la nueva cohabitación.

Son los fatuos que, jactándose de haber sido los héroes de una aventura, se consideran irresistibles, y a la hora de la intimidad amorosa están lejos de procurar los goces prometidos por su jactancia. El afán suyo les impide cuidarse de la mujer amante.

Por lo demás—sigue Mackencie—hay que convenir que, aparte las criaturas vulgares y de grosero temperamento, las mujeres no saben contentarse para gozar de plena emoción carnal con la materialidad de la cópula sexual. Imaginar instintivamente grados en la voluptuosidad que procuran, y que esta misma depende de la relación que el hombre establece entre los ardores que ellas desean y los ardores que ellas sienten. La frialdad de muchas no se disipa si no con otros besos que los de su marido, porque no encuentran en éste la acritud que exaspera su cara.

A pesar del espasmo que la unión las produce, hay mujeres que quedan frías e inapetentes, porque el marido las acostumbró a abreviar el acto carnal. El amante que comprende a la mujer calcula sus efectos durante los embates de amor. Mantiene, por decirlo así, en suspenso la sensibilidad femenina y sabe decidir en qué momento preciso debe dar la suprema satisfacción al deseo.

Hay unos párrafos muy interesantes del mismo tratadista refiriéndose a la posesión violenta de la mujer, diciendo, que si el hombre normal aporta más o menos frenesí en el acto carnal, es que se trata de un ardor templado por la razón y que no puede en ningún caso asustar a la mujer.

Sin embargo, hay ocasiones que no es así. El hombre enardecido emplea para calmar su pasión la brutalidad más repulsiva. Bajo la influencia de una excitación cualquiera, a consecuencia de una larga abstinencia o impulsado por un arrebato erótico, el hombre no duda en tomar por la fuerza lo que se niega a darle de buena voluntad, y entonces recurre a la violencia.

En ocasiones la violación es legal; la noche de boda, el marido, excitado por el deseo, se precipita sobre la mujer y, a despecho de su pudor y de sus gritos y sufrimientos, consuma bestialmente el acto conyugal. No contento con esto, sus sentidos, excitados, le llevan a nuevos asaltos, y la pobre esposa contempla aterrorizada a aquel hombre convertido en una fiera salvaje.

En toda su vida este hombre será el mismo. Cuando el deseo le estimule, poseerá a su mujer sin hablar, sin una caricia, atento únicamente a satisfacer su deseo genital. No dará treguas. Embarazo, menstruación, nada le detendrá; es la bestia que fornica. Para la mujer que le quepa en suerte tal clase de marido, el amor le resultará una horrible carga, llena de dolores y exenta de placeres.

EL ADULTERIO, COMO CONSECUENCIA

¿Qué es el adulterio?—Adulterio espiritual en el hombre.—Un caso interesante.—Impotencia psicosexual.—La tumba del amor.—Adulterio, carnal en la mujer.—El adulterio, estado perfecto. Reacciones del pasado.—Adulterio psíquico.—La ociosidad, madre del adulterio.—La mujer no cede.

De todos los trastornos producidos por la desavenencia conyugal, el más detonante con la moral es el adulterio. El hombre o la mujer desilusionados a raíz de sus primeros transportes sexuales ven convertirse en odio, pero en odio acendrado, todo lo que antes fué idealismo o pasión prematrimonial.

El adulterio, en estos casos, no ocurre por un ansia vindicativa del desilusionado, por un afán de revancha o por un prurito de maldad, no: el adulterio es entonces la explosión de una fuerza contenida durante mucho tiempo, o de una energía que no se supo aprovechar: yo creo que es una función instintiva y naturalísima por tanto; como si dejéramos la satisfacción espiritual de los deseos de la carne... ¿Habrá quien no diga que esta definición mía es un contrasentido?...

El adúltero, lo mismo el marido que la esposa, lo son cada uno por culpa del otro: que esta culpabilidad sea o no consciente es lo de menos. Y aquí surge el dicho vulgar, perfectamente encajado, de que "dos no riñen cuando uno no quiere", o, de otra forma, "dos que discuten se creen en posesión de la verdad incontrastable". Claro es que si las discusiones las llevamos al terreno particularísimo del aspecto conyugal, es fácil que uno y otra tengan razón sobrada, no digamos sólo para discutir, sino hasta para realizar los mayores disparates. Y da la casualidad de que el mayor disparate, y por cierto, el más útil, adopta casi siempre la forma del adulterio.

El hombre adúltero, cuando trata de resarcirse de los desastres espirituales producidos en su ánimo por una catástrofe sentimental

de esta naturaleza, catástrofe que derrumbó de un soplo todas las múltiples ilusiones que se forjó con la esperanza puesta en el matrimonio, en la unión con su amante, en lo que fuere y como queramos llamarlo, no comete el adulterio con una mujer cualquiera y menos con una prostituta como se cree la inmensa mayoría de las mujeres que se saben engañadas.

Un hombre de cierto temperamento, de cierta delicadeza, no es nunca víctima de la obsesión delirante del adulterio carnal, materialista, francamente sexual. En estas condiciones su *traición* a la esposa es más del corazón que de los sentidos, puesto que sólo aspira a encontrar un consuelo, en el más puro sentido de la frase, para sus desventuras matrimoniales cada vez más acentuadas, más tristes y más insoportables.

Todas estas circunstancias adversas constituyen, naturalmente, el contraste rudo y vigoroso con los sentimientos primitivos, diametralmente opuestos. O sea, que la espiritualidad del adulterio será tanto mayor cuanto más enamorado estuviese el adúltero de su esposa, y, a la inversa, la traición a los juramentos de otra tendrá una significación más marcadamente sexual cuanto menos sinceros fuesen los móviles que le llevaron al matrimonio. En un trabajo mío de mis tiempos de estudiante (1), cuando mi experiencia era escasa o nula en estas cuestiones, tuve la revelación de estos hechos por el testimonio fidedigno de un amigo, casi un hermano, a quien las circunstancias—un hijo extramatrimonial—obligaron a contraer matrimonio con una señorita de la mejor sociedad.

Mi amigo comenzó las relaciones bajo los mejores auspicios, y todo hacía entrever la certeza de un matrimonio ideal, si llegaba a consumarse. Y sucedió "el anticipo", varias veces repetido, cristalizando en la existencia de un fruto natural.

La boda se hizo seis meses después del bautizo, en cuya fecha se reanudaron entre ambos las relaciones sexuales, completamente interrumpidas, puesto que mi amigo quedó residiendo en el Brasil mientras que ella era trasladada a Caracas, donde residían unos parientes. Soy testigo de que la vida del infortunado transcurrió por cauces idénticos a los anteriores al suceso; éramos compañeros de hospedaje. Su existencia, repito, no se modificó en lo más mínimo, y hasta creo que prescindió de muchas distracciones naturales en la vida escolar, cuyo tiempo invertía en escribir a su adorada largas

(1) A. Martín de Lucenay, «Traiçoes sentimentais».

cartas inflamadas del más puro amor. Hasta que llegó el día de la boda.

Dos meses más tarde fuí al muelle a recibir al matrimonio. Y al primer golpe de vista comprobé, desdichadamente, que mi amigo no era feliz. No tardó tres horas en visitarme. Y llorando como un chiquillo, me refirió su desventura: su mujer no le comprendía: se negaba, sistemáticamente, a cumplir con sus deberes conyugales pretextando que el acto la repugnaba en extremo, y, sobre todo—argumentaba ella—, la había producido "la insoportable molestia de un hijo".

La tragedia surgió, creo, en las primeras noches de casados, y ya no hubo medio de volver a recuperar aquel equilibrio de los tiempos primeros, aun con la agravante, si así puede decirse, de haber gustado la fruta prohibida.

El muchacho, resuelto a todo, planteó el divorcio, que le fué concedido un más más tarde. Pero esta "terapia"—permítaseme el término técnico—tampoco dió resultado. Abandonó los estudios y viajó unos meses de cacerías y excursiones por el *sertão*, la impenetrable selva brasileña... Todo inútil; todo estéril. La pasión por su esposa crecía, llegando en el ánimo del pobre amigo a extremos insospechados. Hasta que un día...

Habíamos celebrado una fiesta, para distraerle exclusivamente, en casa de unas amigas demasiado íntimas. Una de ellas, la que se hizo cargo del enfermo de amor, vino a nosotros riendo para confesarnos que el muchacho rechazaba en absoluto sus solicitudes, sin que encontrase medio de hacerle cambiar de opinión.

Nosotros, naturalmente, tomamos el caso por el lado cómico, pero yo le llamé aparte.

—¿Qué te sucede con Margarette?...

—Pues lo que me ocurriría con cualquier mujer; que no...

Comprendí que era un caso de impotencia psicosexual fácilmente explicable. Un caso parecido al de los atacados de "romanticismo agudo"...

Pero un buen día, en un concierto, entabló amistad con una señorita, con la que simpatizó pronto, traduciéndose la intimidad en una confesión recíproca de confidencias y sentimientos. La señorita en cuestión hacía poco que fué abandonada por su amante, un militar a quien destinaron a un lejano puesto de la frontera peruana.

Las relaciones no pasaron de ahí. Mi amigo volvió a entregarse a los libros y prácticas de la carrera con su fervor antiguo, y tan

pronto tenía una hora disponible la empleaba en pasear con su nueva amiga por los sitios más concurridos, en asistir a los espectáculos, en realizar compras, etc.

Sinceramente, no nos explicábamos cambio tan brusco, a no ser porque aquellas relaciones tuviesen un carácter distinto. Pero él mismo nos sacó de dudas:

—Esta muchacha—afirmaba—me ha comprendido perfectamente. ¡Ah, si la otra hubiese sido así!... Y conste que no he llegado, ni quiero, más allá de donde hubiera podido ir con la mujer más casta.

—¿Y por qué no te casas?...

Y entonces nuestro amigo contestó, convencido, ripitiendo un pensamiento tan célebre como éste:

—Porque el matrimonio, ya lo he visto, es la tumba del amor.

No he vuelto a saber de él hace muchos años, y por lo tanto ignoro si habrá modificado su criterio rabelaisiano...

Pero entre el hombre y la mujer hay una diferencia de interpretación bastante curiosa. Siendo el temperamento masculino, por regla general, más propicio a los frecuentes transportes sexuales, parecería natural que el hombre prescindiese en absoluto del espíritu para satisfacer su impulso terminantemente sexual como orientación única del adulterio. Pero, por lo común, repetimos, no ocurre así.

En contraste, la adúltera no busca un amante espiritualmente comprensivo para sus desventuras conyugales, sino que el apetito venéreo se manifiesta en un aumento de tensión erótica que casi llega a los límites de la ninfomanía o deseo inmoderado de deleites sexuales. A la mujer la repugna hablar de su marido con el amante, más que nada, por un sedimento de pudor, por el convencimiento de que sus actos no tienen la disculpa que pueden tener en el hombre, según la moral y las costumbres. Este sentimiento honesto se hace más significativo en las clases sociales de menor intelectualidad que en las más elevadas, prescindiendo del carácter de "snobismo" o de elegancia que la posesión de un amante tiene en las castas llamadas superiores. Desde luego, el honor en relación con la sexualidad ofrece características más restrictivas en las clases populares que en las clases burguesas o aristocráticas. Estos, los llaman *genialidad*: los otros, sencillamente, lo denominan *deshonra*. Y no hay otra diferencia.

Un rico adúltero se expresa como un pobre, siempre que su desengaño conyugal sea el contraste de un sentimiento de amor puro y desinteresado. Cuando no es así, el rico no busca el alivio espiritual, sino la coyunda con una mujer de fuerte temperamento sexual o de

gran prestigio sexual: una prostituta, cuanto más elegante mejor, que a la vez que de querida le sirva de exponente de su poder o de su fortuna. Es, como si dijeramos, una bestia de lujo, quien a la vez es fácil que remedie con sus sentimientos los infortunios de algún hombre que sepa comprenderla y sea comprendido por ella.

Mackencie abunda en la misma opinión, y refiriendose a la vocación de la adúltera dice que se observa de ordinario que la mujer que una vez toma un amante, lo reemplaza por otro o por otros. Es raro que la fatiga moral ocasionada por la existencia hipócrita a que le condena el adulterio baste a acercar a la casada a su marido. Es decir, que la que corrió una aventura, no se contenta con la primera lección, y vuelve a empezar. El hombre, en cambio, es más constante en sus amores extraconyugales, a los que bien pronto llega a conceder el máximo interés, tanto en el aspecto psíquico como en el fisiológico. Entonces, o sea después del fracaso del matrimonio legal, el hombre estima que el verdadero estado perfecto del hombre es el de la intimidad extramatrimonial, con el único inconveniente, poco importante en estos tiempos, de las sanciones impuestas por la sociedad en nombre de una moral egoísta y equívoca.

Cuando la desavenencia se arraiga en los sentimientos de una mujer es muy difícil que haga nada por volver a los brazos de su esposo partiendo de un principio completamente sincero. Ha de reconocer íntimamente que la razón no la asiste y que no hay nada que la autorice a proseguir en su actitud, y jamás dará su brazo a torcer. En este punto, la particularísima ética femenina se erigirá con un prestigio de indomable soberbia por encima de todas sus meditaciones y predisposiciones pasajeras para el arrepentimiento.

En tanto dura el adulterio, el marido, dice Mackencie, es necesariamente un objeto de disgusto para ella, disgusto que se acentúa hasta el punto que, aun después de la ruptura con el amante, la esposa no se contenta con las relaciones conyugales legítimas. Si por vanidad tomó un amante, se ingeniaría en buscar nuevas satisfacciones para esta vanidad; si es por codicia, reemplazará el primer banquero por un segundo; si es por sentimentalismo—que en una casada es rarísimo—, hallará algún nuevo consolador. El adulterio, en resumen, es para ella una necesidad imperiosa e irrefrenable.

En la vocación de la adúltera, algunas veces, hay que añadir ciertas consideraciones de orden fisiológico, como la herencia o la constitución orgánica de la mujer.

Hay otro aspecto interesante para justificar, hasta cierto punto,

el adulterio, como son las reacciones del pasado, como dice el citado tratadista. Cuando el matrimonio produce a la mujer una decepción inicial tan grave como la falta de prudencia y la mala conducta del marido en la noche nupcial, suele suceder que su espíritu se exalte contra el marido, y que en vez de cooperar con él a la unión física y moral para la que están comprometidos, la mujer exagerará los defectos y la incapacidad del consorte. Es decir, que, en el acto, se vuelve frigida. Esta tendencia es diametralmente opuesta a la que se observa por los grandes enamorados de tipo pasional, los cuales tienden, por todos los medios, incluso a idealizar los defectos del ser amado, hasta convertirlos en insignes cualidades de atracción psicosexual. Naturalmente, es justo que tales fenómenos se manifiesten en íntimo acuerdo con los hechos que los motivan, y no es necesario insistir demasiado para hacer comprender al lector la verdad innegable de tal afirmación.

La mujer evoca entonces las circunstancias de su vida prematrimonial en cuanto al contacto con el hombre. Quizá tuvo en su pasado ciertas intimidades que fueron lejos, galanteos que, en aquella época, tuvo ella por amores completamente normales, porque en realidad la procuraron los deleites característicos del amor, sin la relativa brutalidad de sus procedimientos. Es, como si dijéramos, cuestión de diferencia estética. Pero tal evocación la transporta al grado que se aferra al recuerdo de estos antiguos transportes sexuales, y se entrega a vicios solitarios que, moralmente, no hay duda que equivalen a verdaderos actos de adulterio, puesto que independientemente del mecanismo que produce el deleite, la excitación psíquica se produce mediante la evocación del hombre que en algunos tiempos la hizo experimentar aquellos placeres inolvidables.

No hay duda alguna de que, si por acaso estos hombres amados en silencio se presentasen en el momento oportuno, el adulterio se consumaría con toda normalidad.

Si el amante supuesto queda relegado al pasado, el peligro, aunque existe, sufre un aplazamiento en sus manifestaciones típicas. La esposa insatisfecha cuyo marido observa de día en día una inapetencia amorosa progresiva, se aisla en su amor místico, al que procura apaciguamientos malsanos, y que al cabo de cierta práctica degeneran en trastornos nerviosos más acentuados por la histeria. Muchas mujeres enfermizas que se consideran momentáneamente incapaces de efectuar la unión sexual, son masturbadoras, despechadas o desengañadas. Por la masturbación, el despecho o el desengaño, se explican

ciertos celibatos obstinados, lo que también puede ocurrir en la vida conyugal, dando lugar a una especie de inhibición de las energías sexuales, susceptibles de manifestarse en expresiones de naturaleza histérica de equivalencia psíquica muy parecida. Tales desórdenes los estudiaremos al hablar de los fenómenos histéricos en relación con la escala sexual.

En las clases más cultas de la sociedad es donde el marido ha de convertirse en un técnico, en un verdadero esclavo de la sexualidad conyugal, si no quiere ver a su esposa sumida en la frigidez más peligrosa. Mejor que en las clases cultas, yo añadiría que capitalistas también, y que, además, encuentren motivos para entregarse a la ociosidad como ocupación preferente.

Hablando de la ociosidad no se alude a la continencia, más o menos voluntaria, a que ciertas personas condenan a sus órganos. Entendemos aquí por ociosidad la costumbre de no hacer nada, el marasmo que se apodera de la mujer teniéndola en perpetuo ensimismamiento, que la lleva necesariamente al fastidio, a la pereza y a la neurastenia. Naturalmente, cuando el matrimonio no va más allá de ser una especulación financiera, la mujer está destinada a ser una víctima de la frialdad amorosa. Y si a esto se unen las prescripciones confesionales o los dictados rígidos de una moral arcáica, los sentidos de la incomprendida llegarán a atrofiarse sin que sean capaces de conmoverlo los ardores de ningún género. Será, ni más ni menos, la muerte de su sexo.

Los orígenes del adulterio no están siempre en la culpa de la mujer; pero quien sostenga que en esta responsabilidad caben a ambos partes iguales, puede decirse de él que conoce bien poco la psicología femenina.

Sostengo, sí, que la dispareunia, la frigidez *relativa* de la esposa y hasta el odio que algunas profesan a sus maridos desde el primer contacto carnal, surge, casi indefectiblemente, en la animalidad del hombre. Pero si la mujer, en vez de obstinarse en agravar el móvil de la cuestión, se resolviese a limar sus asperezas y aristas, es fácil que todas estas catástrofes sentimentales que hoy llevan una frialdad de hielo a muchos hogares que debieran ser felices, se solucionasen por medio de la comprensión y del buen sentido, que, a veces, infortunadamente, no es posible exigir de la ética femenina.

HABLA UN MAESTRO

Cómo se pierde la virginidad.—La iniciación del joven.—La de la muchacha.—Madres sin conocer los placeres del sexo.—Un pobre hombre. Otro semejante.—Razones de la pérdida del impulso sexual matrimonial.—El triunfo del amante.—Tipos de adúlteras.—La teoría de la señora Stopes.—Mi punto de vista.—Frigidez en las emotivas.—El tipo del padre.

PARA terminar el presente tema hemos de conceder lugar en estas páginas a las opiniones de un sabio sexólogo francés: el doctor Pierre Vachet, de cuya notable obra *La inquietud sexual* reproducimos íntegro el capítulo IV, que titula "Las sorpresas de la unión sexual". Y dice:

"En este capítulo quisiera tratar de los sentimientos diversos que florecen en el estío de los amores, al filo de los días en que los individuos de ambos sexos se entregan a los deseos con que esperan durante largo tiempo satisfacer su deseo. No he incluído adrede en el epígrafe el término matrimonio, porque si bien se encuentran con frecuencia muchachas que toman esposo siendo aún doncellas, rara vez se ven muchachos vírgenes en el día de su boda. Además no todos los hogares han recibido, ni mucho menos, la misma consagración legal y tampoco debe olvidarse la fuerte proporción de los cornudos.

"Hay un modo clásico de perder la virginidad. El muchacho la pierde en el lupanar o en el cuarto de la mujer pública; la muchacha, merced a los cuidados de un primito o un bailarín familiar. Puede indicarse también la complacencia de la camarera por el hijo de familia y la violencia del señorito con la criada joven. Pero estos son casos especiales y vale más no multiplicarlos, pues no bastarían diez volúmenes para registrarlos.

"He aquí, pues, a nuestro joven deportivo, jactancioso e informado, que organiza una noche, con unos cuantos camaradas, una expedi-

ción a la casa misteriosa de número grande y bien iluminado. He aquí también al tímido, torpe y recalcitrante, arrastrado, a pesar suyo, a la casa de mujeres. Ambos se conducirán allí, por lo demás, con la misma torpeza heroica. Ante la puerta, se pasa, se vacila, se siente la muerte en el alma, se deja uno empujar. Saturada de grasa y de bondad, la patrona atiende al "bebé". ¿La sala común? ¿Un salón? ¿Champagne? ¿Cerveza? ¡Vamos, niñas, al salón! Si hay parroquianos habituados, se lucen haciendo "una demanda" y recomiendan al neófito una perla que ellos hayan ensayado ya. Ante las carnes pobres o excesivas a las que los atavíos dan un aire de juventud, ante los dientes amarillentos y las sonrisas fingidas, el pobre muchacho, que creía por los grabados en la emocionante pureza de los cuerpos femeninos, siente que las náuseas le oprimen la garganta; pero para no pasar por imbécil, respira con fuerza y dice con autoridad: "¡Yo quiero una joven!" Y como las damas—nada de competencia desleal—aguardan sin querer influir en la elección del cliente, añade, sin ver muy claro: "¡Aquélla!" Esta le salta al cuello, le abraza; tiene treinta y tres años, el seno colgante y el vientre flácido de las madres de familia. Ante los gestos audaces, nuestro buen mozo tiene pudores que hacen reír a carcajadas. No obstante, afirma muy alto que sabe por dónde se anda, y, a fe mía, cuando se le pregunta si ha sido feliz, no carece de sinceridad al contestar: "¡Ya lo creo, señora!" Al día siguiente le veréis discutir por todo lo alto las cuestiones del amor, aunque en el fondo de su alma no le dejen vivir la vergüenza y los remordimientos. Pero, ¡bah!, no tardará en acostumbrarse, y olvidará, por los muslos ajados y el perfume de pomada de las cortesanas, la gracia de la "Fuente", de Ingres, de la "Antíope", del Corregio, o de los desnudos de "Vie Parisienne".

"La iniciación de la muchacha al acto ritual se verifica siempre con menos brío que la de su compañero. La joven criatura se deja enredar fácilmente por las artimañas del amiguito, que bajo un mal pretexto trata de llevarla a "los rincones" mientras llega el momento de marcharse del hotel. A decir verdad, ella experimenta su placer con las primeras audacias del pasatiempo; pero comprime obstinadamente los músculos de los muslos, a los que los médicos antiguos daban el nombre de "custodes virginitatis", guardianes de la virginidad. En fin, la resistencia cede, menos por el deseo amoroso de acabar lo más pronto posible o de no hacer sufrir al que se ama, a pesar de todo, y que tanta dicha parece esperar de ello. Hay más caridad que deseo en el abandono de una muchacha virgen."

La sabiduría de las naciones, oponiéndose un tanto a la moral, aconseja a la muchacha que no se entregue al hombre sino con el anillo en el dedo; pero anima al muchacho a "salir del cascarón" hacia los veinte años. Preciso es confesar que este comportamiento tiene su parte mala y su parte buena. Sin contar con las enfermedades que el hombre se expone a cosechar durante su juventud y que más tarde ha de comunicárselas a su mujer o a sus hijos, no puede negarse que la vida galante de los jóvenes les coloca muchas veces en situaciones sociales difíciles y les induce mucho más frecuentemente todavía a conducirse como perfectos canallas. Sin querer extenderme sobre el tema romántico de la muchacha seducida, estoy obligado a compadecer a las madres abandonadas y más aún al número incalculable de las jóvenes arruinadas precozmente por el clásico aborto provocado. "La culpa es de ellas—se dirá—, no tienen más que estarse tranquilas." No soy de ese parecer; pues creo que hay que restringir el número de las que ceden fácilmente al apetito físico, para conceder mayor importancia a esa confianza y esa caridad ante la agresión masculina sobre que acabo de insistir. Por lo demás, tenemos el remedio a nuestro alcance, puesto que ya se pone hoy en práctica en los Estados Unidos, en donde los Tribunales sancionan con fuertes indemnizaciones las reclamaciones de las muchachas, y si es razonable dar una salida a la efervescencia de los jóvenes, basta con la prostitución.

Que sea conveniente que el marido no sea un novicio, yo lo admito tanto más cuanto que a título de médico he tenido frecuentes ocasiones de observar los deplorables efectos de la torpeza del marido en los primeros tiempos del matrimonio, sobre todo si tiene que habérselas con una virgen auténtica. La brutalidad del primer contacto expone a provocar en la mujer una repugnancia persistente por el acto sexual, y esta repugnancia se traduce a menudo por el vaginismo; es decir, por una contracción espasmódica de la vagina al primer contacto.

Por otra parte, es cosa corriente que si no sabe conducirse o se cuida poco de su compañera, el hombre llega mucho antes que ella al orgasmo, y se encuentran a montones mujeres de estas que no se han "revelado", a las que el marido acusa de frialdad y que tendrán tres hijos, como suele decirse, sin haber conocido nunca el amor, a no ser que un amigo perspicaz del marido se atribuya a poca costa el mérito de descubrirles los recursos de voluptuosidad que duermen en su cuerpo. Por eso, antes de pensar en la frialdad natural

de una mujer, conviene tomar como viático la idea de que una mujer fría no necesita sino que la calienten.

Nunca se insistirá demasiado sobre la gravedad de los desórdenes que puede acarrear para la mujer la falta de goce sexual con un marido negligente o torpe. ¡Cuántas veces han acudido a mí mujeres que hasta su matrimonio gozaban de perfecta salud, pero que después se habían vuelto angustiosas, presas de jaquecas y trastornos digestivos, obsesionadas por desesperaciones e ideas de suicidio! "Doctor—me decían—, yo no he experimentado nunca ningún placer con mi marido. No me da tiempo. Yo sé que soy como las demás mujeres, por haber tenido a veces el orgasmo durante el sueño. Oigo en torno mío a las mujeres que hacen alusión a los goces que le proporciona su marido o amante. La idea de conseguir el goce se ha convertido para mí en una obsesión exasperante. Ya no siento afición por nada; pierdo el apetito y sufro continuamente de malestares indefinibles. Tengo insomnios y pesadillas sumamente penosos. Siento que empiezo a odiar a mi marido. Me he vuelto irritable, insoportable, incluso para las personas extrañas y hasta para mi madre, a la que tanto quiero, y esto me produce agotadoras crisis de lágrimas. He pensado que acaso un niño me sirviera de distracción; pero yo no quiero ya lo bastante a mi marido para desear un hijo de él. No quiero buscar, como tantas otras, un amante, porque no quiero exponerme a una segunda decepción. Estoy harta de la vida, y desde hace algunas semanas me siento dominada por la obsesión del suicidio."

Esta es la famosa neurosis de angustia, ligada a una falta de satisfacción sexual completa, enfermedad grave, tanto por los trastornos orgánicos que acarrea como por el estado mental de que va acompañada. El odio experimentado por el marido recae también a menudo en los hijos que nacen de este matrimonio sin amor. La disolución del hogar, a veces gestos criminales o suicidas, son el fruto de estas uniones, que bien merecen el epíteto stendhaliano de "prostitución legal".

¿Ha de aconsejarse a las mujeres que busquen su placer en otro sitio? Esto es no tener en cuenta las condiciones necesarias para la eclosión del goce amoroso de la mujer. En igualdad de circunstancias, un hombre se iría a la casa de prostitución. La mujer necesita una decoración material y una decoración sentimental. En ella la excitación sexual se halla ligada menos directamente que la del hombre, a las maniobras directas. La imaginación puede con frecuencia más que los sentidos, y como dicen algunas: "Yo no gozo sino cuando lo

quiero." Por eso, el primer deber del médico será aconsejar y, si es preciso, educar al marido responsable.

Esto me hace recordar de un hombre de treinta años que vino a pedirme un día una lección de prácticas amorosas, porque se hallaba en vísperas de casarse. Yo le instruí lo mejor que me fué posible, y no pude por menos de sonreír al verle pedirme con gran confianza precisiones complementarias sobre el arte de variar las posturas y combinar con la melodía fundamental todos los pequeños *ritornellos* del acompañamiento. Yo le deseé buena suerte; pero un mes después volví a verle bastante contricto. La cosa no había ido bien. El día de la boda había salido de viaje, y por la noche se había detenido en un hotel.

—Un hotel, señor mío, no es nada cómodo para hacer estas cosas: el patrón no os ahorra nunca el cumplido irónico, los criados le miran a uno con ese aire zumbón que hiela la sangre, la decoración es tan banal y las paredes tan delgadas... En fin, yo tomé dos cuartos contiguos, y quedé satisfecho en el fondo de oír a mi mujer quejarse de fatiga y manifestar el deseo de descansar sola en una de las habitaciones. Sin embargo, yo había preparado ya el pijama de seda rojo y negro y la frase de entrada en materia. Mañana será, me dije. Pero, ¡ay, fuimos de hotel en hotel, y mi angustia, mi embarazo, la estupidez de mis tímidas invitaciones iban en aumento. En tres hoteles, señor mío, por no poder obtener dos habitaciones, he dormido junto a mi mujer, sin tocarla. En fin, ayer, de regreso a mi casa, reuní todo mi valor y me decidí a poner en práctica su lección, que a fuerza de repetirla acabé por saberla de memoria. Mi mujer me dejó hacer. Yo buscaba, temblaba, me equivocaba, me aturdía, y de pronto, bajo la luz velada, la vi sonreírse un poco, casi nada, pero lo suficiente para expresar este pensamiento: "¡Qué imbécil!" Inmediatamente sentí que me flaqueaban todos mis nervios sin remisión, y mientras asistía a los progresos de mi derrota, balbucí como un idiota: "¡Querida mía! ¡Querida mía!" Estoy desesperado, doctor. Es preciso que usted me salve.

Yo le di a mi hombre la dirección de una casa hospitalaria. Pero posteriormente he sabido que el malestar subsistía en el matrimonio, porque la señora había recibido ya lecciones de un amiguito cualquiera de la infancia menos torpe que el marido, y que éste se había decidido a preferir a la tibieza de su esposa las cómodas complacencias de las mujeres públicas.

Tienen razón al decir que si hay tanto maridos cornudos es por

culpa suya. Cierto es que se encuentran parejas perfectamente felices, en las que cada cual se complace en multiplicar todos los testimonios de la pasión que sienten. De estos matrimonios no hablaré, si es cierto que los esposos dichosos, como los pueblos felices, no tienen historia. Más bien me atendré a la figura del marido que se cansa de su mujer, y con ello se expone a verse burlado. Una confesión referida por Havelock Ellis me servirá de ejemplo.

"Yo me casé a la edad de veinticuatro años. Al recordar los comienzos de mi vida conyugal, me asombro de haberme hallado tan alejado de los trasportes de pasión que han acompañado después mis relaciones con cada mujer nueva. En parte, yo temía violentar a mi mujer, y en parte, tres años de abstinencia relativa me habían vuelto más casto.

"Hubieron de transcurrir algunas semanas—prosigue—antes de que yo viera a mi mujer completamente desnuda, y varios meses antes de que le tocara sus partes sexuales con las manos. Pasadas las primeras semanas, nuestras relaciones sexuales no tuvieron lugar sino raramente. Esto era quizá de esperar. La base de mi cariño por ella había sido siempre más moral y mental que física, aún cuando era bien formada y bella. Por otra parte, las dificultades económicas y otras inquietudes me tenían preocupado. Parecía como si estuviera extinguiendo mi naturaleza sexual.

"Antes de que mi matrimonio hubiera durado seis meses—continúa—, descubrí que las relaciones sexuales con mi mujer no tenían ya para mí la importancia que tienen siempre en general las relaciones de este género: ya no había en ello ni excitación ni éxtasis. Acaso mi mujer contribuyera a ello con su actitud. Después me ha confesado que la primera semana sentía miedo al acercarse la hora de acostarnos; tan dolorosas le resultaban las relaciones sexuales. Hubieron de transcurrir semanas, si no meses, antes de que ella experimentara el orgasmo... Yo empecé por sentirse desilusionado, después me cansé, y por último casi sentí repugnancia. Más tarde ella aprendió a conocer el orgasmo. Pero era muy poco efusiva durante el acto y rara vez se produjo el orgasmo simultáneamente. Ella necesitaba mucho más tiempo que yo.

"Después dejé de pensar en cosas sexuales. Cuando llevaba casado unos tres años, me di cuenta de que en mi caso el matrimonio significaba la pérdida de todo éxtasis en el acto. Yo estaba seguro de que cuando se me acabara el trabajo y tuviera mucho dinero desearía a otra mujer en cuanto se presentara la ocasión."

De hecho, este hombre se entregó después con toda la pasión deseable al amor de las criadas y las prostitutas, practicando con ellas todas las fantasías del amor perverso.

"Yo no he lamentado nunca mi matrimonio—confiesa—. No sólo sé que la vida sin mujer y sin hogar sería miserable, sino que siempre he sentido respecto a mi mujer sentimientos de gran cariño. Ambos nos llevamos muy bien. Ella es una mujer de carácter e inteligencia. Cuida bien la casa, es una madre sensible y abnegada y me comprende. Nunca he encontrado una mujer con la que me sintiera más inclinado a casarme."

Nuestro personaje encuentra razones plausibles para explicar la pérdida del impulso sexual en el matrimonio: Primero: la familiaridad. "El marido ve a su mujer todos los días, en todos los momentos y en todas las estaciones, vestida y desnuda, enferma, de buen y de mal humor. La ve lavarse y ejecutar otras funciones." Segundo: la sociedad. Tercero: la ausencia de una fuerte reciprocidad sexual por parte de la mujer. "Nunca incurre en esas pequeñas indecencias que tanto influyen en ciertos hombres. No le gusta hablar de estas cosas, y me dice que nunca tendría relaciones sexuales con ningún hombre si yo muriera. A veces, y sobre todo en estos últimos tiempos, me ha pedido que tuviera relaciones con ella, pero rara vez se produce el orgasmo simultáneamente. A este respecto difiere de otras mujeres que yo he conocido, en las que el mero hecho de que se produjera el orgasmo en mí bastaba para producirlo inmediatamente en ellas." Aquí se admirará el candor de este hombre y la utilidad de las comedias del goce que representan las prefesionales. Cuarta: los reproches y las querellas suscitadas por las preocupaciones pecuniarias. Quinto: la comparación con los amores anteriores. Sexto: la pérdida de la belleza en la mujer.

Ante la repulsión que experimenta el autor de esta confesión por su mujer, se atribuirá inmediatamente la responsabilidad a la cándida esposa. Pero su docilidad es innegable, y cabe preguntarse si la culpa no será, en fin de cuentas, de este marido que no ha sabido desempeñar su papel de animador. A este respecto, Montaigne, en un curioso capítulo titulado "Sobre unos versos de Virgilio", da la razón a los maridos que no se cuidan de refinar la educación amorosa de su mujer. "Así—escribe—es una especie de incesto ir a emplear en este parentesco venerable y sagrado los esfuerzos y las extravagancias de la licencia amorosa, como ya creo haber dicho en otra parte. Es menester—dice Aristóteles—tocar a la esposa prudente y seve-

ramente, por temor a que si se la acaricia demasiado lascivamente el placer la haga salirse de los límites de la razón. Lo que él dice para la conciencia lo dicen los médicos para la salud, "que un placer excesivamente fogoso, voluptuoso y asiduo altera el semen e impide la concepción", y dicen también que "a un temperamento lánguido, como es el de su naturaleza, hay que presentarse raramente y con notables intervalos para llenarlo de un justo y fértil calor". Yo no veo matrimonios que fracasen y se alteren más que los que persiguen la belleza y los deseos amorosos. Hacen falta cimientos más sólidos y más constantes y caminar siempre alerta, pues esa fogosa alegría no sirve para nada."

Yo no comparto en esto la opinión del prudente Montaigne, pues vale más asegurarse a su mujer merced a un goce físico recíproco que dejar al vecino el cuidado de enseñarle las acrobacias del ejercicio.

Son diversos los móviles que inducen a las mujeres a engañar a su marido. Pueden distinguirse numerosos tipos de infieles: la sensual insatisfecha, la concupiscente, la sentimental, la que se deja hacer por indiferencia o cortesía, la que quiere vengarse de su marido y otras muchas aún.

¡Cuántas veces he recibido confidencias de este género: "Doctor, yo no puedo más; mi marido es un torpe, un egoísta, un impotente. Así que mire usted, estoy harta y he decidido echarme un amante"! Las que habían aprendido un poco de latín en las páginas rosas del Laurousse, me decían, pensando en su marido: "Margaritas ante porcos"... En estas condiciones, al primer amante que se presenta no le cuesta trabajo hacerse valer, porque joven y vigoroso por la necesidad misma de la elección, hace el amor por crisis agotadoras. Sabiendo que su buena fortuna se halla fatalmente destinada a ser de corta duración, se atiene al número y a la violencia de los asaltos que libra en cada encuentro. Su amante no pide otra cosa, contando por lo demás con una reserva ilimitada de escuderos.

Téngase en cuenta que en tales circunstancias la gracia y la distinción del amante valen menos que su fuerza y su resistencia. Pierre de Bourdelles, abate y señor de Brantôme, ha dejado las más sabrosas figuras de estas "honestas" infieles. Nos cuenta "haber oído hablar de una honesta dama que tenía un amigo muy feo y un marido muy guapo y agraciado; también la dama era muy bella. Al reprenderle un día una parienta suya porque no escogía otro más guapo, ella le dijo: "¿No sabéis que para cultivar bien una tierra se necesita más

de un labrador, y a veces los más guapos y los más delicados no son los más apropiados para ello, sino que lo son los más rústicos y robustos."

Del mismo género fueron "los escándalos" y sucias andanzas de Valeria Mesalina, la cual no se contentaba con hacerlo con unos y con otros disoluta e indiscretamente, sino que se jactaba de ir a entregarse a los burdeles como la mayor ramera de la ciudad, hasta el extremo, como dije Juvenal, de que cuando su marido se había acostado con ella se escabullía lindamente de su lado, después de verle bien dormido, y , disfrazándose lo mejor que podía, se metía en pleno burdel, y allí se entregaba cuantiosamente hasta que se marchaba, más bien fatigada que harta y satisfecha.

Junto a la sensual, la concupiscente, la que sufre con la mediocridad de la vida conyugal, se echa amantes por los regalos menudos. Por regla general, ésta sostiene varios enredos a la vez. El marido se maravilla de los prodigios de economía que ella realiza en el presupuesto de la casa, y del brillo extraordinario de las alhajas falsas con que se adorna. Frecuentemente, preciso es decirlo, el cornudo se hace el tonto o reclama su parte. Conocido es el método clásico: el marido finge descubrir la tostada, amenaza y no se aplaca sino contra una fuerte suma. Un viejo cuidadoso de su honorabilidad desempeña en la aventura el papel del amante banquero. Ante las amenazas del marido, exclama: "¡Pobre mujer! ¡Hallarse en manos de un hombre como ése!" Lo cual hace reír copiosamente a los dos esposos.

La sentimental es, de todas las infieles, la más enternecedora. Se ha casado de joven con un hombre al que creía amar. Tiene el corazón sensible, "no ha tenido la dicha de ser madre" y su marido, embarazado por su pudor natural y acaparado por los negocios, ha organizado sus placeres desde hace mucho tiempo fuera de su casa. Esta mujer es melancólica, lee novelas, tiene la obsesión del adulterio, pero evita las ocasiones, rechaza las insinuaciones, menos por vergüenza y atención al deber que por el temor de no llegar nunca a ser amada de verdad, profundamente, por sí misma.

Un día encuentra un suspirante muy joven, de menos de veinte años, llevado por esto mismo a poner mucha más sinceridad en su pasión. Este tiene audacias y timideces extremas, escribe declaraciones de amor hiperbólicas y extravagantes, es torpe, y la esposa inquieta cree descubrir en sus torpezas la señal de la verdadera pasión. Al fin, cede, y, a decir verdad, los hechos empiezan por darle la razón. Su amante se muestra locamente enamorado, dispuesto a cometer las

mayores tonterías por hacerla feliz. Pero ella continúa inquieta, exige pruebas del amor que se le prodiga y juramentos que abarquen todo el porvenir. Surgen las querellas por insignificancias: un silencio, una mirada otorgada al azar a otra mujer, y esto termina en crisis de lágrimas. "¿Lo ves? Es porque te amo, porque tengo miedo de perderte. Tú eres mi vida entera; si me dejaras, me moriría." Almas inquietas que se complacen en atormentarse. El sentimiento permanente de la inestabilidad de semejante unión es a la vez el fermento que exalta la pasión mutua de los amantes y el que les impide recoger todo su fruto; él es el que pone en sus abrazos el sombrío furor de la desesperación. Estos amantes se hallan sujetos, más que los otros, a esa ansiedad colérica que son los celos.

También Pierre Vachet, en *El enigma de la mujer*, analiza la frigidez femenina, diciendo que estos casos no se deben, directamente al menos, a la constitución, sino sólo a torpezas en la iniciación sexual, a complejos psicológicos que han impedido el desahogo del instinto, a una mayor susceptibilidad del temperamento, a los factores de contrariedad, a una necesidad más acentuada de una atmósfera sentimental elegida, a una ausencia de armonía primordial de los esposos, tanto en lo físico como en lo moral. La torpeza del cónyuge es tal vez la causa más frecuente de la frialdad de la mujer.

A poco que la mujer haya tenido una adolescencia casta — prosigue Vachet—y no encuentre otro iniciador que un marido precipitado, se formará un juicio análogo al de una cliente mía, que me decía: "La verdad es que yo no sé lo que puede haber de tan atractivo y de tan enloquecedor en el amor. Me cuesta trabajo no considerar como desequilibradas a las mujeres que ponen eso por encima de todo. Yo sé que no soy anormal, puesto que me he sentido atraída por dos o tres hombres en el curso de mi vida. Sé también que puedo experimentar sensaciones sexuales agradables, aun cuando sólo fuera por las experiencias que he tenido en sueños. A veces pienso en las caricias delicadas y prolongadas que me producirían el placer que solamente entreveo, el placer que me considero capaz de experimentar. Pero esperar la voluptuosidad de las dolorosas maniobras a que me somete mi marido es cosa que no me cabe en la cabeza."

Una frigidez de esta especie se debe esencialmente a una falta de delicadeza por parte del marido, en el sentido de que éste prescinde de todas las excitaciones preliminares destinadas a suscitar la turgescencia (tumescencia) de los órganos femeninos, a poner, por así decir, los nervios de la mujer a flor de piel. Los animales lo hacen

por medio de luchas, danzas, gestos, persecuciones y fingimientos. Así y todo, los animales no lo hacen sino en la época del celo, en el momento en que la hembra siente el deseo.

La doctora Mary Stopes aconseja incluso a los hombres que se contengan entre los dos períodos mensuales del ritmo sexual femenino. De este modo, las invitaciones amorosas — dice — encontrarían regularmente a la mujer en disposición favorable y habría menos riesgo de tropezar con su hostilidad.

No estoy de acuerdo con esta opinión de la señora Stopes, aunque Pierre Vachet no rebata la teoría, dando a entender, por lo tanto, que la admite. Si sentamos la premisa de que la tensión erótica es fás fácilmente excitable en el hombre que en la mujer — y de esto no hay nada—, se comprenderá, sin necesidad de recurrir a muy detalladas investigaciones, que para que la mujer quedase plenamente satisfecha en la medida que la citada doctora señala, sería necesario que el hombre sacrificase, en holocausto de esta periodicidad femenina, una parte muy considerable de su impulso sexual.

De esta suerte, para que no se dieran con tanta frecuencia esos casos de desavenencia conyugal de que hemos hablado tanto en el presente tema, sería preciso que la iniciación de las vírgenes se verificase en estas fechas críticas de las mareas del ritmo sexual. Y entonces, se me ocurre preguntar: ¿Es que una mujer conoce dichos fenómenos hasta el extremo de poder fijar su cronología exacta para que coincidieran con la fecha de la iniciación, o, mejor dicho, que pudiera fijar esa fecha con arreglo a esta periodicidad?...

Si ello fuera posible y además estuviese bien sedimentado en el conocimiento de las gentes, no habría mujeres frígidas, al menos en la abundancia que hoy se encuentran; ni dramas conyugales, ni adulterios, ni tantos otros motivos de repulsión psicosexual, porque llegada la hora de la iniciación, el marido sólo tendría necesidad de desplegar una habilidad y una táctica mínimas en la desfloración, ya que la parte principal, o sea la necesaria actividad tumescente en la virgen, estaría producida en gran parte por el ritmo periódico de las mareas sexuales. No admito, pues, tal teoría.

Vachet, por último, hablando de la frigidez, declara:

"Entre las mujeres singularmente emotivas, la frigidez puede ir ligada al recuerdo obsesionante de una primera relación dolorosa. Si el hombre ha sido brutal, puede formarse en la mujer una asociación entre la idea del acto sexual y la fobia del sufrimiento. De aquí nace una verdadera reacción refleja de defensa. En el curso de

la primera relación dolorosa, la mujer ha contraído los músculos de los muslos que los antiguos llamaban *custodes virginitatis*. A consecuencia de esto, incluso aunque sienta el deseo de realizar el acto conyugal normalmente porque ame a su marido, se ve que la aprensión inconsciente reproduce en ella los mismos fenómenos de defensa (sobre todo, la contracción vaginal), que hacen imposible, o al menos muy difícil, la realización de la unión. Tales condiciones no permiten ningún placer."

Sin embargo, aun cuando el marido sea diestro y no esté desprovisto de prudencia ni habilidad, ciertas mujeres nerviosas, emotivas, permanecen frías irremediablemente. Cuando el examen no revela las huellas de un temperamento anormal, hay que buscar en su pasado, en su adolescencia y aun en su infancia, simpatías o antipatías que han marcado fuertemente su afectividad, impidiendo el desarrollo normal del impulso sexual.

Al efecto, el citado tratadista refiere el siguiente caso: Tratábase de una mujer a la que su padre había intentado violar, aunque sin conseguirlo, cuando tenía quince años. A consecuencia de ello, le había quedado una angustia indecible, un horror por el acto sexual que determinaba en ella un vaginismo intenso.

Sin que intervengan tales emociones o traumatismos psíquicos, la frigidez de las imaginativas se debe con frecuencia al hecho de que su impulso sexual se ha cifrado, más o menos pronto, en un tipo de hombre determinado. Los psicoanalistas hacen desempeñar un papel de primer orden al padre, que, según ellos, sería inconscientemente el amante deseado. Los psicoanalistas generalizan demasiado en este punto; pero indudablemente se dan casos en que la imagen del padre pasa a ser el tipo del poseedor, y a la mujer le repugna el amor de su marido cuando éste no responde al tipo idealizado del padre.

Mas dejemos estas profundidades freudianas, que, aparte de todo, se saldrían del tema, al que estimamos oportuno poner el punto final.

INDICE

Páginas

PROLOGO DEL TEMA 5

¿QUE ES EL PUDOR?

La mujer en la antigüedad.—La actitud del hombre. El pudor, producto de la civilización.—Concepto moderno del pudor.—Su ineficacia en las relaciones sexuales.—Excitaciones del pudor.—Duración.—El pudor en las razas salvajes.—En el Japón.—Concepto idealista.—La sexualidad de las púdicas.—El joven, lo desprecia.—El pudor entre las prostitutas.—La estética 7

LAS CARICIAS Y EL JUEGO AMOROSO

El error del hombre.—La desfloración no es un placer.—La confusión de la virgen.—Contrastes de apreciación.—Táctica preliminar.—Las zonas erógenas. Modalidades del beso.—Tacto, olfato y gusto.—Besos eróticos.—La opinión de Féré.—Sensibilidad de la piel.—Límite de las caricias.—La resistencia anímica, como primer baluarte de la virgen 19

LA TUMESCENCIA EN LA MUJER

Fecundación y excitación.—Signos elementales de la tumescencia.—Sensaciones reflejas.—Lubrificación de los genitales.—Aplicación directa de la saliva como lubrificante.—Peligros de este sistema.—Excitación glandular.—Consideraciones estéticas.—El "cunnilinctus".—Los indígenas de las islas Carolinas.—La ocasión propicia 31

TECNICA DE LA DESFLORACION

Posturas para la desfloración.—La genupectoral y la posición de Walcher.—Ventajas e inconvenientes. Desgarramiento del himen.—La posición normal. Táctica prudente.—El dolor del desgarro.—La ayuda de ella.—Precauciones ante la hemorragia.—Una tre-

Páginas

gua necesaria.—Efectos normales de la desfloración. La hora de la armonía.—El organismo en la mujer. Período de cicatrización 39

LAS CONSECUENCIAS DE UNA CONDUCTA TORPE

Analogías del dolor de la desfloración.—La falsa opinión de las mujeres.—Impresiones exageradas.—El ánimo de la virgen.—Perjuicios que ocasionan las referencias falsas.—Perturbaciones psíquicas.—El vaginismo.—Características de este trastorno.—Causas hipotéticas y consecuencias ciertas.—La culpa es del marido.—Tratamiento del vaginismo.—Vulvovaginitis.—Una desfloración mortal.—Opiniones de los tratadistas.—Importancia social de una mala técnica ... 47

EL TRAUMATISMO PSIQUICO

El mejor consejero, el médico.—Peligros del abandono o de la falsa moral.—El terror y la alegría.—El sueño y la realidad.—Las predispuestas.—Los matrimonios de conveniencia.—Placeres extraconyugales. El histerismo.—Antipatía por el coito.—Un caso. Origen de las perturbaciones.—Su significación sexual.—Falta de educación 59

LA FRIGIDEZ FEMENINA

El chino del Panteón.—Origen de la frigidez sexual. Aprendizaje del amor carnal.—El egoísmo masculino. El amor-amistad.—No existe el casado virgen. Los vicios sexuales de los degenerados.—Tímidos y violentos.—Indiferencia del hombre.—La violación legal.—Disparreunia.—Consecuencia 67

EL ADULTERIO, COMO CONSECUENCIA

¿Qué es el adulterio?—Adulterio espiritual en el hombre.—Un caso interesante.—Impotencia psicosexual. La tumba del amor.—Adulterio carnal en la mujer. El adulterio, estado perfecto.—Reacciones del pasado.—Adulterio psíquico.—La ociosidad, madre del adulterio.—La mujer no cede 73

HABLA UN MAESTRO

Cómo se pierde la virginidad.—La iniciación del joven.—La de la muchacha.—Madres sin conocer los placeres del sexo.—Un pobre hombre.—Otro semejante.—Razones de la pérdida del impulso sexual matrimonial.—El triunfo del amante.—Tipos de adúlteras.—La teoría de la señora Stopes.—Mi punto de vista.—Frigidez en las emotivas.—El tipo del padre... 81

PAUTA DE LAMINAS

Páginas

LAMINA I

Formas del pudor 16

LAMINA II

Formas del pudor 17

LAMINA III

Prostituta siciliana 32

LAMINA IV

Técnica de la desfloración 33

LAMINA V

Muchacha marroquí 48

LAMINA VI

A: Indias paraguayas. B: Joven argelina. C: Muchacha de Biskra 49

LAMINA VII

Otra muchacha marroquí 64

LAMINA VIII

Mujer del Alto Nilo 65